

Más allá de su oficio, el historiador en sociedad.¹

Francisco Javier Caspistegui
Dpto. Historia. Universidad de Navarra

Resumen: Cuestionado su saber y su posición social, el historiador se enfrenta a la necesidad de reformular su sentido y el de la disciplina histórica. Pasado ya su componente de «profesor de la nación», cuestionada su relación con las ciencias sociales, inmerso en una sociedad mercantilizada y, por ello, sometido a los vaivenes del mercado, testigo del auge de la historia y del descrédito del historiador, se plantea de nuevo su genealogía profesional y las responsabilidades y la ética de su trabajo y de su objeto

Palabras clave: Historiador, historia, nación, ciencias sociales, responsabilidad, ética, public history.

Abstract: Questioned his knowledge and its social position, the historian faces the necessity to reformulate his sense and the one of the historical discipline. Already outmoded its character as «professor of the nation», questioned its relation with social sciences, immersed in a consumer society and, for that reason, put under the swings of the market, witness of the height of the history and the disrepute of the historian, he considers again its professional genealogy and the responsibilities and the ethics of its work and its subject.

Key words: Historian, History, nation, social sciences, responsibility, ethics, public history.

¹ Para la elaboración de este artículo parto de un trabajo previo: «Sobre el papel social del historiador o ¿para qué servimos?», *Memoria y Civilización*, 6 (2003), pp. 191-207. Quiero agradecer a Ignacio Peiró su amistad y contrastada paciencia.

Hacer frente a las dudas como objetivo.

Pese a su prestigio como entretenimiento, como vía de escape de la realidad, incluso como elemento básico de controversia, profesionalmente hablando la consideración de la historia es muy escasa. Asistimos a la paradoja del enorme crecimiento en su uso como recurso de atracción hacia los medios de comunicación y la literatura, y al descenso del número de personas interesadas en dirigir su futuro hacia este oficio. No es una situación nueva. Cuando en 1913 Trevelyan se preguntaba «What is history and what is its use?», era muy consciente de que la respuesta que diera implicaba efectos prácticos en la enseñanza y la difusión, en la escritura y lectura de la historia. Por ello, acababa considerando que «the value of history is not scientific. Its true value is educational. It can educate the minds of men by causing them to reflect on the past»². Por su parte, Johann Huizinga pronunciaba en 1934 cuatro conferencias en la Universidad Internacional de Verano de Santander, y una de ellas la dedicó al valor de la historia. En ella señalaba el éxito indudable de libros con el pasado como pretexto, un «material de lectura abigarrado [que] crece al lado exterior de la ciencia histórica, en grado considerable provocado por la demanda de los editores». Sin embargo, desde la alta plataforma de su sabiduría se preguntaba

«si ese interés por la Historia demasiado adornada [la había calificado como historia perfumada] no significa una debilitación del juicio y una degeneración del gusto, una indolencia espiritual de un público criado con la película. Hace un siglo leía el público culto con gusto Castelar, Macaulay y Ranke. Era un público mucho menos numeroso, pero sin duda tenía mucho más sentido histórico, mucho más genuino interés histórico»³.

Un diagnóstico poco favorable de un público al que consideraba acrítico y maleable, sometido a una cultura alejada cada vez más del culto lector al que se dirigía la historia genuina. Más recientemente, J.H. Plumb sentenciaba que «son cada vez menos los historiadores que creen que el contenido de su ciencia tenga una finalidad en la sociedad: una función de coordinación del esfuerzo y del pensamiento humanos»⁴. E incluso en nuestros días Beverly Southgate se pregunta «[i]n the absence of historical truth (as previously understood), what on earth can the subject be –and in particular (for us here and now) be *for?*»⁵

Ante esta repetida situación, no es de extrañar que los historiadores dirijan cada día más su atención hacia sí mismos, para tratar de averiguar quiénes son, de dónde proceden y a dónde se dirige la compleja variedad de la historia y sus practicantes. No es infrecuente, por tanto, la aparición de libros que indagan sobre sus características y tradición disciplinar, especialmente en tiempos en que el discurso se ha con-

² TREVELYAN, G. M.: *The recreations of an historian*, Londres, Thomas Nelson and Sons, 1919 (1ª ed. de 1913), pp. 14 y 21, respectivamente.

³ HUIZINGA, J.: *Sobre el estado actual de la ciencia histórica. Cuatro conferencias*, Madrid, Revista de Occidente, 1934, pp. 107 y 123.

⁴ «El dilema del historiador», en PLUMB, J. H.: *Crisis en las humanidades*, Barcelona, Planeta, 1973 (ed. original: *Crisis in the humanities*, Londres, Penguin, 1973), p. 33.

⁵ *What is history for?*, Londres, Routledge, 2005, p. 85.

vertido –desde Foucault– en uno de los ejes centrales del análisis: no existiría realidad del pasado, sino un conjunto de lecturas e interpretaciones siempre variable, pues serían estos discursos los que constituirían la realidad y la estructurarían. El interés por cuanto toca a la disciplina, lleva a examinar todos y cada uno de los aspectos de su papel social, el impacto mediático, las repercusiones éticas, su responsabilidad o la relevancia profesional del historiador.

Lo significativo de esta corriente es que el historiador ha comenzado a mirarse a sí mismo y, sobre todo, a reflexionar sobre su tarea, sobre los planteamientos que se sitúan tras lo que de oficio hay en su labor. De los intentos de abordar la metodología de la historia a través de libros publicados a fines del s. XIX y comienzos del XX, hemos pasado a una preocupación más conceptual, a una reflexión teórica asumida de manera plena por el historiador, tomando el relevo de filósofos, teólogos, sociólogos o epistemólogos⁶. En estos momentos supone una novedad en la trayectoria de la disciplina, más centrada hasta ahora en el oficio que en los principios y fundamentos teóricos del mismo. De hecho, la misma utilización de la palabra oficio reflejaba bien a las claras ese componente casi manual de la tarea del historiador, sujeto a una mecánica dependiente del archivo y de los materiales supervivientes del pasado –aunque no sea extraña la figura del historiador que no accede a ellos– para el cumplimiento de sus objetivos profesionales⁷.

Dos aspectos han recibido creciente atención en los últimos años: por un lado, los usos de la historia y el papel del historiador y, por otro, su responsabilidad y el compromiso ético en su trabajo⁸. Dos factores que afectan, más allá de sus características internas o de su especificidad como forma de conocimiento, a la interrelación de la historia con la sociedad en la que vive y se desarrolla. Se trata de la paradoja de una disciplina cuyo objeto de atención se sitúa más allá del presente inmediato pero al que éste condiciona de forma decisiva.

Tal vez pudiese hablarse de un giro histórico (*historic turn*), paralelo al que ha supuesto el posmodernismo, del que, en buena medida, depende el que ahora comento⁹. En estas últimas décadas se habría producido lo que Georg G. Iggers y

⁶ Es muy significativo que en los dos primeros capítulos del libro de DANIEL, U.: *Compendio de historia cultural. Teorías, práctica, palabras clave*, Madrid, Alianza, 2005, pp. 29-207, en los que trata de formular las referencias sobre las que se asienta la historia cultural, no haya casi mención a historiadores.

⁷ Señala Carolyn Steedman de forma iconoclasta respecto a uno de los mitos centrales de la profesión: «modern students of the discipline are introduced to the idea of an engagement with documentary evidence, collected together in a particular kind of place, as a foundational and paradigmatic activity of historians» (*Dust*, Manchester, Manchester University Press, 2001, p. X).

⁸ Pese a la abundante bibliografía al respecto, sólo dos ejemplos recientes de este interés. Por un lado CARRERAS, J. J. y FORCADELL, C. (eds.): *Usos públicos de la historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (Universidad de Zaragoza, 2002), Madrid, Marcial Pons/Premsas Universitarias de Zaragoza, 2003 y FORCADELL, C. et alii (eds.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Premsas Universitarias de Zaragoza, 2004. Por otro, el monográfico de *History and Theory* (43/4, 2004) dedicado al impacto de la ética en el trabajo del historiador.

⁹ MANDLER, P.: *History and National Life*, Londres, Profile Books, 2002, p. 8. Véase los ensayos recogidos por McDONALF, T. J. (ed.): *The historic turn in the human sciences*, Ann Arbor, The University of

Edward Q. Wang definen como un cambio fundamental en la percepción del pasado, con todas las consecuencias que ello acarrea (creación de nuevas escuelas, nuevas ideas históricas, etc.)¹⁰. Además hay que tener en cuenta que, en nuestros días, el impacto de un giro de estas características repercute en buena parte de los practicantes de historia, sacudidos por las novedades que de inmediato van incorporándose al oficio de historiador: ventajas e inconvenientes de la globalización, en este caso de carácter intelectual. No deja de ser llamativo que, cuando *History and Theory* planteó el mencionado monográfico anual sobre el historiador y la ética, recibiese el mayor número de propuestas de toda su historia¹¹.

Es en este contexto de transformaciones y reflexión en el que cabe plantearse una cuestión que tal vez se tenía por incuestionable, la del papel social de la historia y del historiador: ¿para qué sirven?, ¿cuál es su papel en la sociedad que los acoge y mantiene?, ¿tiene sentido seguir patrocinando desde las arcas públicas y privadas una actividad cuyo origen y destino hay quien considera que está fundamentalmente en sí misma, que implica la búsqueda del conocimiento sobre el pasado por sí mismo, el arte por el arte en definitiva?, ¿cómo afrontar los reproches de quienes consideran todo ello una carga improductiva?¹², ¿puede o debe el historiador mantenerse al margen de su entorno, sin manifestar su opinión, aislado en la torre de marfil del conocimiento?, ¿puede o debe actuar de acuerdo a una ética profesional o de otro tipo? Demasiadas preguntas para una disciplina en crisis permanente, en turbulenta relación con su contexto, en constante búsqueda de su propia identidad en el proceloso mar de las ciencias humanas y sociales, en el conjunto de las vías que el ser humano ha dispuesto en pos del conocimiento. Retóricas aparte, es evidente que la inquietud ha llevado a desarrollar el interés por los rasgos constituyentes de la práctica histórica de acuerdo a las pautas de su profesionalización en el siglo XX.

Nación, cientificidad, pedagogía: «L'historien professeur de la nation».

Podríamos remontarnos a tiempos pretéritos, cuando los escribas babilónicos redactaban loas a sus monarcas a fin de que sus méritos no se perdiesen en el tiempo; o a las oficinas historiográficas del Imperio chino que servían como el repositorio de la memoria de los gobernantes y el modelo para su actuación futura. Esta tarea de justificación del poder, el viejo y manido baldón del historiador como respaldo de

Michigan Press, 1996; COHEN, R. y ROTH, M. S.: *History and—: Histories within the human sciences*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1995 y MONKKONEN, E. H.: *Engaging the past. The uses of history across the social sciences*, Durham, NC, Duke University Press, 1994.

¹⁰ «Introduction», a su *Turning Points in Historiography: A Cross-Cultural Perspective*, Rochester, The University of Rochester Press, 2002, pp. 1-16.

¹¹ FAY, B.: «Historians and ethics: a short introduction to the theme issue», *History and Theory*, 43/4 (2004), p. 1.

¹² Algo así se planteaba el ya citado HUIZINGA en 1934: «¿Cuál es el sitio que ocupa la Historia en la vida espiritual y social de nuestros días? ¿Cuál es la función que en ella desempeña? ¿Puede llamarse la Historia en el tiempo actual una ciencia floreciente? ¿Ocupa un puesto honroso en la vida universal? ¿Encuentra reconocimiento general, apélese a ella, deséase su apoyo?» (*Sobre el estado actual*, pp. 105-106).

los vencedores, no deja de ser un lugar común en la historia de la historiografía, no menos cierto por más que se repita. Sin embargo, y por acercarnos a situaciones más próximas a las nuestras, cabría preguntarse por la actitud del historiador cuando su figura se convierte en una más del panorama profesional, cuando el respaldo servil al poder es, cuando menos, difícil de justificar.

En sus orígenes como práctica profesional, la historia estuvo vinculada estrechamente con el Estado-nación. Supuso un respaldo y un elemento de legitimidad. La historia del siglo XIX, nacionalista, funcionaba, en palabras de Jeannie Bauvois-Cauchepin, como una realidad trascendente, eterna y perfectible. El marco nacional, señala esta autora, proporcionaba un marco teatral en el que actores claramente identificables desarrollaban una historia profética con una función claramente pedagógica, de integración, de ahí su significativo papel en la escuela. Los mitos nacionales que se creaban al amparo de la historia tenían un carácter organicista, pues interpretaban la sociedad como un todo en el que los individuos eran piezas necesarias del conjunto¹³. Esta visión maniquea jugaba con una finalidad social de la historia que servía para localizar aquellos argumentos necesarios en la fundamentación del Estado-nación. Además, utilizaba la idea de progreso como elemento clave en la justificación de las acciones estatales. Así lo recogió la historiografía norteamericana hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando sus integrantes asumieron que «the underlying movement of American history was in the direction of improvement and betterment, not only in wealth but in freedom or happiness»¹⁴.

Los ejemplos que recoge Dumoulin para Francia son una buena muestra de esta actitud. Uno de los más significativos es el siguiente:

«[s]i l'écolier n'emporte pas avec lui le vivant souvenir de nos gloires nationales; s'il ne sait pas que ses ancêtres ont combattu sur mille champs de bataille pour des nobles causes; s'il n'a point appris ce qu'il a coûté de sang et d'efforts pour faire l'unité de notre patrie, et dégager ensuite du chaos de nos institutions vieilles les lois qui nous ont fait libres; s'il ne devient pas un citoyen pénétré de ses devoirs et un soldat qui aime son fusil, l'instituteur aura perdu son temps»¹⁵.

¹³ BAUVOIS-CAUCHEPIN, J.: *Enseignement de l'histoire et mythologie nationale. Allemagne-France du début du XX^e siècle aux années 1950*, Berna, Peter Lang, 2002, pp. 1-5; BREUILLY, J.: «Historians and the Nation», en P. Burke (ed.), *History and Historians in the Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 55-87.

¹⁴ HIGHAM, J.: «Beyond consensus: the historian as moral critic», *The American Historical Review*, 67/3 (1962), p. 610; KAMMEN, M.: «Clio and her colleagues in the United States during the twentieth century. A story of serial marriages, divorces, and dalliances among the disciplines», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *The strength of history at the doors of the new millennium. History and the other social and human sciences along XXth century (1899-2002)*, Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 75-102.

¹⁵ DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, París, Albin Michel, 2003, p. 181. El original procede del libro de LAVISSE, E.: *L'enseignement de l'histoire à l'école primaire*, París, Colin, 1912, p. 32. Más moderado se muestra el mismo Lavissee cuando escribe, en *La enseñanza de la historia*, que «[e]l cultivo del sentimiento nacional es delicado. Es necesario ante todo fortificar el natural amor al país natal, razonar este instinto y aclararlo; pero en Francia, bajo pena de que sufra un desengaño nuestro espíritu, no podemos ni olvidar el hombre en el francés ni estrechar, en provecho aparente de nuestro país, el lugar de la Humanidad» (Madrid, Espasa Calpe, 1934, 3ª ed., p. 54).

Aún más patente fue la actitud de los historiadores durante la I Guerra Mundial, en el transcurso de la cual se convirtieron en los garantes de un respaldo científico que sirviera para desacreditar al enemigo y arrastrar tras de sí a la población. Como señala J. Bauvois-Cauchepin, «[l]es histoires nationales de la fin du XIX^e siècle et de la première moitié du XX^e siècle procédaient, en général, d'une culture de guerre, d'une rhétorique de guerre, d'une vision duale des sociétés simplifiée à l'extrême». Lo significativo, señala, es que durante la I Guerra Mundial esta radicalización se llevó hasta sus últimas consecuencias¹⁶.

El brillo de la ciencia se había unido al componente nacionalista y pedagógico. Así lo señala Dumoulin citando a Ernest Lavisse, máxima encarnación de la historiografía oficial francesa en el cambio de siglo, que consideraba misión de los historiadores, «former des citoyens pour la nation»¹⁷. Esta faceta se impondrá como resultado de la necesidad de transmitir la investigación, limitada al círculo universitario en el caso anglosajón, con el establecimiento de una sólida red entre todos los niveles de enseñanza en Francia; después del proceso de unificación, en el caso de Alemania o, en el paso del XIX al XX en España, cuando la Universidad se convierte en lo que Ignacio Peiró llama «el centro pautador de la investigación y la enseñanza de la historia española»¹⁸.

En el caso alemán se arrastraba una encendida defensa del Estado como esencia de la nación ya desde mediados del XIX. Si ya J.G. Droysen defendió la especificidad de aquél y su irreductibilidad a otras realidades como la económica, Hans von Treitschke fue más allá y, pese al contexto, trató de plantear una férrea resistencia del Estado frente a los intentos de reconocer la autonomía de lo social¹⁹. Ernst Bernheim señalaba, en el manual de metodología histórica más conocido desde fines del siglo XIX –con el permiso de Langlois y Seignobos–, que una de las más preciosas conquistas de la enseñanza de la historia y de la historia en sí misma es «el ideal y móvil del patriotismo, pues la comunidad a que cada uno pertenece, el Estado, la patria, el propio pueblo, es sin duda lo más próximo

¹⁶ *Enseignement de l'histoire et mythologie nationale*, p. 247; DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien*, pp. 189-216. Olivier Loubes indica, para este período, cómo la escuela francesa era la institutriz de la nación, pero por ello mismo una institución compleja que participaba en primera línea en su construcción, insertando a los alumnos en un territorio común e inculcándoles un sentimiento patriótico, una cierta idea de Francia (*L'école et la patrie. Histoire d'un désenchantement 1914-1940*, Paris, Berlin, 2001, pp. 9-10. Para la escuela y la I Guerra Mundial, pp. 19-49).

¹⁷ DUMOULIN, O.: *Le rôle sociale de l'historien*, p. 177.

¹⁸ «Introducción» a PEIRÓ, I. y PASAMAR, G.: *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, p. 12; véase también: «La historiografía académica en la España del siglo XIX», *Memoria y Civilización*, 1 (1998), pp. 165-196, «Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX», en E. Sarasa y E. Serrano (eds.), *15 historiadores de la España Medieval y Moderna*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999, pp. 7-28.

¹⁹ Véase CALVEZ, J.-Y.: *Politique et histoire en Allemagne au XIX^e siècle. Critique de la pensée politique des historiens allemands*, Paris, PUF, 2001; IGGERS, G. G.: «The legacy of nineteenth-century hermeneutic historicism, scientific positivism, and marxism in the twentieth century», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *The strength of history at the doors of the new millennium* p. 33.

del gran todo»²⁰. Friedrich Meinecke, en su dolorido balance de 1946 acerca de la catástrofe alemana, veía en el inicio del siglo XX dos corrientes primordiales, dos grandes olas, las de los movimientos socialistas y las de los nacionalistas. Aunque enfrentados, fue el segundo el que se impuso en el poder: «The German power-state idea, whose history began with Hegel, was to find in Hitler its worst and most fatal application and extension». De hecho, señalaba que «[t]he free, humane culture which came down from the days of Goethe was threatened by the narrowing and hardening of the national idea»²¹.

Peter Mandler sobre el Reino Unido concluye de forma similar que la historia sirvió como argumento nacionalizador durante todo el siglo XIX, especialmente en la época victoriana. La historia y la nación se unieron con un vínculo indisoluble y ello provocó la necesidad de construir una historia que sirviera a las pretensiones de la nación-Estado, pero sin olvidar la voluntad de extender esas ideas por el conjunto de la población. Esto se logró mediante dos mecanismos: hacer que la gente común se convirtiera en protagonista de la historia nacional y, además, consiguieron que esa gente común se acercara a la historia que elaboraban con fines nacionalistas²². Lo que primaba era el modelo de Jules Michelet en Francia: grandes cuadros históricos en los que el pueblo se convertía en actor principal. Un ejemplo más, en este caso referido al historiador español por antonomasia en el siglo XIX, Modesto Lafuente:

«La historia se escribía, por supuesto, para ser útil, para servir a las exigencias nacionalizadoras del Estado liberal, que exigía dotar a todos los ciudadanos de referentes de identidad colectiva. La historia ya no se podía escribir para la educación del príncipe heredero, o de una minoría de privilegiados aristócratas, sino para enseñar y adoctrinar al protagonista de la historia nacional, el ciudadano»²³.

²⁰ *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Labor, 1937, p. 57 (ed. original, *Lehrbuch der historischen methoden*, 1889). Véase SOUTHGATE, B.: *What is history for?*, pp. 63-74.

²¹ *The german catastrophe. Reflections and recollections*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1950 (ed. original de 1946: *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*, Wiesbaden, E. Brockhaus), pp. 15 y 21-22, respectivamente. Otro alemán, poco antes del comienzo de la guerra, trataba de buscar una solución al nazismo y planteaba que «el Reich alemán tiene que desaparecer, y los setenta y cinco últimos años de la historia alemana han de ser borrados. [...] No cabe imaginar una paz con el Reich prusiano, que surgió entonces [1866] y cuya última consecuencia lógica es la Alemania nazi» (HAFFNER, S.: *Alemania: Jekyll y Hyde. 1939, el nazismo visto desde dentro*, Barcelona, Destino, 2005, p. 269 –la ed. original, publicada en Londres, es de 1940). Insistía en esta misma idea al afirmar que «[l]a historia de la autodestrucción de Alemania debida a un nacionalismo enfermizo se remonta mucho más atrás» de 1932 (*Historia de un alemán. Memorias 1914-1933*, Barcelona, Destino, 2001, p. 231 –ed. original alemana *Geschichte eines Deutschen. Die Erinnerungen 1914-1933*, Stuttgart, Deutsche Verlag-Anstalt, 2000). Algo similar señalaba igualmente Thomas Mann, al considerar al nacionalsocialismo como la «realización política de ideas que desde hace por lo menos siglo y medio bullen en el pueblo y en los intelectuales de Alemania». Por ello, habría «que eliminar la arbitrariedad del estado nacional, pero la nación vivirá» (*Oíd, alemanes... Discursos radiofónicos contra Hitler*, Barcelona, Península, 2004, pp. 54 y 88 respectivamente).

²² MANDLER, P.: *History and National Life*, pp. 16-20.

²³ PÉREZ GARZÓN, J. S.: «Modesto Lafuente, artífice de la Historia de España», en su introducción a M. Lafuente, *Discurso preliminar. Historia General de España*, Pamplona, Ugoiti, 2002, pp. LII-LIII. Véase también PÉREZ GARZÓN, J. S. et alii: *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 75-86 y 95-105.

Recoge Pérez Garzón una declaración explícita de Antonio Gil de Zárate: «la cuestión de la enseñanza es cuestión de poder; el que enseña, domina, puesto que enseñar es formar hombres, y hombres amoldados a las miras del que los adoctrina»²⁴. La función de la historia en ese proceso era clave, pues servía como elemento de cohesión, como justificación última de todo el entramado.

Algo más allá avanza Sam Wineburg cuando considera que esta forma de escribir historia desde y para la nación no provoca sólo una reducción del marco geográfico y temático, un finalismo historiográfico que limita todo aquello que no haga referencia explícita y laudatoria o justificativa a la nación, sino que también excluye a amplios sectores sociales que en la realidad no encajan en las propuestas unificadoras del modelo nacional, especialmente en lo que toca a la educación. En cierto modo, el historiador de lo nacional no sólo peca de chauvinismo, sino también de excluir una parte significativa de su propia sociedad, lo que, de alguna manera, está detrás de los enconados debates en torno a la inclusión o modificación de los contenidos históricos en los *curricula* escolares (que no se instauran en un sistema de enseñanza oficial hasta 1900 en el caso británico y que, en EE.UU., nunca ha llevado a un amplio convencimiento acerca del papel de la historia en el currículum escolar, generando las llamadas «guerras de la historia»)²⁵. Un análisis psicológico llevaría además a valorar el papel que diversos elementos culturales asumidos durante casi dos siglos de formación oficial han ejercido sobre las sucesivas generaciones de estudiantes: «Often our implicit assumptions shape our ideas about what is central in history and what is peripheral, what to look for and what to overlook». Sin embargo, este proceso de elección constante, en la sociedad de nuestros días, aún depende de muchos elementos tradicionales y se mueve entre las opciones que los historiadores han ido construyendo²⁶.

Tras la I Guerra Mundial el modelo del historiador de la nación entró en crisis y, por ello, hubo que buscar una nueva referencia en la que basar la utilidad del historiador. Una forma de hacerlo fue la de los regímenes totalitarios del período, pues si

²⁴ GARZÓN, J. S.: «Modesto Lafuente, artífice de la Historia de España», p. LIII.

²⁵ ORTIZ ORRUÑO, J. M. editó los resultados de un coloquio suscitado por la polémica que, desde 1996, giró en torno al papel de la Historia en el sistema educativo español: «Historia y sistema educativo», *Ayer*, 30 (1998). Recuérdese también la intensa polémica –mediática, historiográfica y política– desatada tiempo después, tras el informe de la Real Academia de la Historia («Informe sobre los textos y cursos de historia en los centros de Enseñanza Media», junio de 2000). Para el Reino Unido, véase MANDLER, P.: *History and National Life*, pp. 129-31; para EE.UU., WINEBURG, S.: *Historical Thinking and Other Unnatural Acts. Charting the Future of Teaching the Past*, Philadelphia, Temple University Press, 2001, pp. 3-5, y, entre muchos otros, el libro de NASH, G., CRABTREE, C. y DUNN, R.: *History on Trial: Culture Wars and the Teaching of the Past*, Nueva York, Vintage, 2000 (1ª ed. 1997). En él indican: «It is not surprising that the political Right would open a history front in the culture wars. History, like politics, is about national identity». Hence the work of historians frequently comes under attack amid calls for refurbishing or restoring the national identity», p. 7.

²⁶ WINEBURG, S.: *Historical Thinking and Other Unnatural Acts*, p. 113. Así, señala que incluso en estos momentos el papel de la mujer en la historiografía sigue siendo más que precario: «In girls' minds, women in history are blurry figures; in boys' minds, they are virtually invisible. On historical grounds, this finding constitutes a serious misrepresentation. On social grounds, it perpetuates alarming and dysfunctional attitudes. On educational grounds, it poses, we hope, a challenge», p. 133.

el inicial impulso nacionalista de mediados del siglo XIX había perdido fuerza, en ellos se buscaba la historia como refuerzo de sus propuestas, bien produciéndola exprofeso, bien utilizando la existente y siempre desde planteamientos excluyentes²⁷. Esto llevaba a Huizinga a lanzar una dura crítica:

«En todas partes alrededor de nosotros surgen tendencias que abusan de la Historia conscientemente para designios políticos o sociales. [...] ¿Qué es de lamentar más: la tiranía de poderes dominantes que imponen la profesión de una doctrina prescrita, o la destreza con que se prepara a su nueva tarea una ciencia nacional sin contradecir a ultranza?. La acusación de manipulación de la historia se dirigía contra los regímenes totalitarios del momento, soviético, fascista y nazi, aunque consideraba más peligrosos a estos últimos por su estrechez nacionalista, por su huida de lo universal»²⁸.

Se hacía preciso, por tanto, buscar nuevas formas de justificación, alguna alternativa a una disciplina que requería un objetivo social identificable y útil, menos corrompido por el poder y sus manipulaciones. Como señala Peter Mandler, en el Reino Unido la historia decayó de forma considerable desde el período de entreguerras: «nationalist history had become less central but busier, because more controversial»²⁹. Ya no suponía la única forma de aproximarse al pasado, había aparecido el movimiento del *historical heritage*, la invención de las tradiciones, el turismo en busca de lugares del pasado³⁰. Eric Hobsbawm habla de la *mass-generation of traditions* en el período inmediatamente anterior a la I Guerra Mundial, un tiempo de cambios radicales en las sociedades en proceso de industrialización y, como consecuencia de ello, en proceso de transformación³¹.

De forma paralela el historiador, en creciente proceso de consolidación profesional, comenzaba a aislarse en los recintos universitarios. Allí obtenía un espacio propio, un coto cerrado, un público cautivo al que alimentaba y del que se alimentaba. Esto implica que las grandes figuras de la historiografía del siglo XIX, hábiles en el proceso de unión de lo científico y lo popular al servicio de la causa nacional, deja-

²⁷ Un ejemplo de ello es el caso de KANTOROWICZ, E. y su biografía de Federico II: (*Kaiser Friedrich der Zweite*, Berlín, Georg Bondi, 1927-1931), un libro que planteó una considerable polémica generando, por un lado, la *Historikerstreit* por excelencia de la Alemania de Weimar y sirviendo, por otro, como referencia fundamental en la creación de un panteón germánico por el nacionalsocialismo (véase CASPISTEGUI, F. J.: «Ernst Kantorowicz (1895-1963)», en J. Aurell y F. Crosas (eds.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century*, Bruselas, Brepols, 2005, pp. 207-208 y 210-212).

²⁸ *Sobre el estado actual*, pp. 124-125.

²⁹ MANDLER, P: *History and National Life*, p. 54.

³⁰ *Ibidem*, pp. 27-32, 125-127, 153-154. Como recoge en su *Inglaterra, Inglaterra* J. Barnes, hay una ingenuidad que lleva a considerar que «el pasado es en realidad el presente disfrazado», principio básico que le sirve para montar un parque temático con el que ironizar sobre las esencias británicas: «Tenemos que exigir la réplica, puesto que la realidad, la verdad, la autenticidad de la réplica es la única que podemos poseer, colonizar, volver a ordenar, disfrutar y, por último, si así lo decidimos, es la realidad que está a nuestro alcance hallar, afrontar y destruir, puesto que es nuestro destino» (Barcelona, Anagrama, 1999 –ed. original, 1998–, pp. 233 y 71 respectivamente). Esta propuesta de nuestros tiempos posmodernos hay que verla en sus antecedentes finí y primiseculares, pues es en ellos cuando comienza a gestarse.

³¹ «Mass-Producing Traditions: Europe, 1870-1914», en E. Hobsbawm y T. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition* (Cambridge, Cambridge University Press, 1996 –1ª ed., 1983–), pp. 263-307.

ron el camino expedito a otras gentes que mantuvieron esa perspectiva divulgativa y popular de la que se alejó el profesional. En unos años veinte, los felices veinte, en los que el consumo crece de manera espectacular, los productos de ocio y consumo sustituyeron a los talismanes del pasado, entre ellos la historia. Había que llegar al público ávido de novedades, pero la historia profesional se refugió en la academia. Un buen síntoma de ello es la trayectoria de Stefan Zweig, cuyos libros alcanzaron una gran popularidad en un contexto que describe con precisión en sus memorias:

«Toda una generación de jóvenes había dejado de creer en los padres, en los políticos y los maestros; leía con desconfianza cualquier decreto, cualquier proclama del Estado. La generación de la posguerra se emancipó de golpe, brutalmente, de todo cuanto había estado en vigor hasta entonces y volvió la espalda a cualquier tradición, decidida a tomar en sus manos su propio destino, a alejarse de todos los pasados y marchar con ímpetu hacia el futuro»³².

Por otra parte, esta tarea de nacionalización tan característica de la historia desde fines del XIX buscó incesantemente la compatibilidad con la pretensión de alcanzar la verdad y la objetividad. Una consecuencia de ello fue que, si bien hasta ese momento fue utilizada como juez del pasado, sobre todo a través de las enseñanzas derivadas de la concepción ciceroniana de la historia como maestra de vida³³, la necesidad de excluir cualquier componente ético o moral en su desarrollo se planteó con fuerza conforme se produjo su consolidación disciplinar. A finales del siglo XIX, la escuela metódica y el positivismo historiográfico se empeñaron en la exclusión de cuantos elementos supusiesen una perturbación en el trabajo del historiador. La ciencia de la historia debía aislarse de influjos nocivos para su tarea:

«Nos ha parecido ocioso discutir aquí si la historia debe, conforme a la tradición antigua, desempeñar todavía otra función más, si debe juzgar los acontecimientos y a las personas, es decir, acompañar la descripción de los hechos con un juicio aprobatorio o reprobatorio, ya sea en nombre de un ideal moral general o particular (ideal de secta, de partido, de nación) o bien desde el punto de vista práctico [...]. Pero es evidente que en historia, como en cualquier otra disciplina, semejante juicio no tiene nada que ver con la ciencia»³⁴.

El tránsito de siglo asistirá a la polémica sobre la función ética de la historia entre Lord Acton y Henry Charles Lea, buen reflejo de la lucha entre una concepción en la que lo ético y moral están presentes o ausentes del trabajo del historiador. El primero defendía la capacidad del historiador para señalar lo bueno y lo malo del pasado³⁵,

³² *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2004, p. 379 (énfasis añadido; ed. original, *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers*, 1942). Sobre las razones de su éxito, pp. 401-410.

³³ Véase, del recientemente fallecido KOSELLECK, R.: «Historia magistra vitae», en su *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 (ed. original, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1979), pp. 41-66.

³⁴ LANGLOIS, C.-V. y SEIGNOBOS, C.: *Introducción a los estudios históricos*, Alicante, Universidad de Alicante, 2003, p. 267.

³⁵ Véase sobre todo su «Inaugural lecture on the study of history», pronunciada en Cambridge en junio de 1895 y publicada en *Lectures on modern history*, Londres, Macmillan, 1906; posteriormente recogida en la edición de MCNEILL, W. H.: *Essays in the liberal interpretation of history. Selected papers*, Chicago, The University of Chicago Press, 1967, pp. 300-359, y especialmente desde la p. 350.

mientras que el segundo insistía en que «morals are purely conventional and arbitrary», y que cualquier elemento de la sociedad o la cultura, «influence the moral perceptions, which vary from age to age; while the standards of right and wrong are modified and adapted to what, at the moment, are regarded as the objects most beneficial to the individual or to the social organization». En último término, señalaba Lea, la moral debía surgir de los propios hechos, pues «to inject modern ethical theories into the judgment of men and things of bygone times is to introduce subjectivity into what should be purely objective»³⁶. Este argumento implicaría la necesidad del historiador de aislarse, de protegerse de teorías, de renunciar a la subjetividad, de ser, en definitiva, objetivo. Con ello contribuiría al progreso del ser humano en su conjunto al reconocer lo relativo del conocimiento del pasado.

En buena medida, lo que esta polémica primisecular mostraba era el debate entre dos concepciones de la historia, una claramente vinculada a la pretensión de lograr una historia científica según el modelo de las ciencias naturales, útil para el conjunto de la sociedad, y otra percibida en su componente literario, más próxima al modelo del arte por el arte³⁷.

Seguía siendo necesario delimitar el papel social del historiador, aunque, evidentemente, en cada situación nacional variasen las tradiciones sobre las cuales construir esa imagen, esa tarea grupal. Tal vez pudiera parecer que el «enemigo» estaba identificado y, por ello, resultaba fácil salir de su potencial amenaza. Sin embargo, con la introducción de planteamientos superadores de la unidireccionalidad nacional de la historia se enriqueció la visión del pasado, pero también se abrió la puerta a que las influencias se multiplicasen de forma mucho más que considerable. De alguna manera, como constata Sam Wineburg, el papel del Estado, la repercusión de planteamientos oficiales se ha reducido, pero el número de elementos que confluyen en la conformación del conocimiento histórico de los estudiantes se ha multiplicado:

«Not only do the details of historical events become less vivid as time passes, but what is remembered or occluded from the past is constantly being reshaped by contemporary social processes: acts of state that commemorate certain events and not others, decisions by novelists and filmmakers to tell one story and not another, and an amorphous set of social needs that draw on some elements from the past while leaving others dormant»³⁸.

La Historia en el entorno de las Ciencias Sociales.

El período de convulsiones de todo tipo que tuvo lugar en las tres décadas comprendidas entre 1914 y 1945 llevó a la necesidad de plantear de nuevo el papel de la

³⁶ «Ethical values in history», *American Historical Review*, 9/2 (1904), pp. 234 y 237.

³⁷ Decía en 1929 C. Williamson: «there was no reason why history should not be as interesting and exciting as a novel» («The ethics of historic truth», *International Journal of Ethics*, 40/1 (1929), p. 89).

³⁸ *Historical Thinking and Other Unnatural Acts*, p. 249. Es significativo el ejemplo que recoge: Preguntados acerca de la guerra de Vietnam varios adolescentes norteamericanos, mostraron que su conocimiento del período dependía en buena medida de la película *Forrest Gump* (1994) mucho más que de lo recibido en la escuela (pp. 234-242).

historia. Al final de ese período lo nacional ya no servía (con excepciones, como en el caso español, donde la historiografía oficial fue militantemente nacionalista pero, por ese mismo motivo, acabó siendo superada con facilidad en cuanto hubo la posibilidad de plantarle cara). Como señala Peter Mandler:

«If history was inessential for national cohesion, and if national cohesion itself was in question, then wherein lay history's special capacity for training in citizenship? In any case, there were more plausible claimants for that role now, mostly from the social sciences»³⁹.

La psicología, la sociología, la economía... eran ciencias sociales pujantes, tomaban el relevo a una disciplina, la historia, crecientemente ensimismada, centrada en la expansión de su mundo universitario. El apoliticismo, dice Dumoulin, ya se habría convertido en la norma de comportamiento del historiador en el período de entreguerras: «De l'histoire asservie on glisse vers l'historien aseptisé»⁴⁰. El historiador veía que la elección entre compromiso y asepsia conllevaba riesgos, y una buena parte de la profesión eligió una teórica neutralidad. El papel de educador social, tan característico de la disciplina de Clío, fue acogido por otras disciplinas, más dispuestas a combinar ciencia y acción. El resultado aparecería pronto: «Los que van a enseñar historia a las escuelas van a instruir, no a educar. Y, todavía más grave, la historia no cumple con su misión social frente a los gobiernos, la administración y toda la diversidad de los asuntos, situaciones y estructuras de la sociedad humana»⁴¹.

Sin embargo, esta búsqueda del refugio científico contrastaba con un contexto en el que los acontecimientos iban a despertar la necesidad de actuar frente a las que se consideraron como las máximas aberraciones en el comportamiento humano. El interés por lo más contemporáneo acarrió además la necesidad de revisar la actitud de unos historiadores a los que se atribuía una cierta cuota de responsabilidad en lo ocurrido por su neutralismo cientifista. Geoffrey Barraclough insistía a fines de los cincuenta en la necesidad de tener en cuenta un argumento central: el de la repercusión de la escritura histórica entre aquellos a los que afectaba de manera más directa, lo que podía implicar el conflicto entre la conveniencia política y la verdad histórica. Además, llamaba la atención sobre la actitud de un público que se acercaba a estas cuestiones desde un punto de vista político. Por tanto, para Barraclough, la mirada del historiador habría de ser necesariamente distinta a la del político o el ciudadano no historiador, y por ello defendía una posición «técnica» para el contemporáneo: recordar la complejidad sin vincularse a nadie. De hecho, ponía como ejemplos el terrorismo y la guerra fría y en ambos –como en cualquier otro tema– consideraba fundamental considerar la posición propia y la del que se analizaba o juzgaba como plenamente válidas. Ésta sería para él la aplicación de una moral a la

³⁹ MANDLER, P.: *History and National Life*, p. 83.

⁴⁰ DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien*, p. 226.

⁴¹ PLUMB, J. H.: «El dilema del historiador», p. 55.

historia de su tiempo⁴². Otra reacción fue la de David Hackett Fischer, que rechazaba la «falacia moralista», aunque reconocía la presencia de juicios morales en la labor del historiador. La solución a esta paradoja falaz estaba en la capacidad del historiador para neutralizar o controlar sus preferencias morales, ajustando su proyecto de trabajo a ellas mediante la explicitación de las mismas y a través del planteamiento de un problema histórico en el que sus valores permitiesen un final abierto⁴³.

Una reacción fue la de rechazar las ciencias sociales y el «contagio» que la historia podía sufrir por su contacto. De hecho, en EE.UU., la nueva historia descrita por James Harvey Robinson en 1912 fue objeto de críticas por parte de quienes recelaban del exceso de presentismo que implicaba para ellos, llegando incluso a asimilarse con el fascismo («even progressive educators and new historians are outdone in the fervor of their present-mindedness by those historical philosophers of fascism who proclaim that the present, by an act of will, should create its past in its own image, to explain and justify itself»⁴⁴) y, posteriormente, con el comunismo. El conocido discurso presidencial de Conyers Read ante la «American Historical Association» en diciembre de 1949 es un claro ejemplo de macarthysmo historiográfico. En él insistía en los valores que habrían de ser transmitidos a través de la enseñanza y en la primordial función social del historiador como educador en democracia, especialmente en su tiempo: «Total war, wheter it be hot or cold, enlists everyone and calls upon everyone to assume his part. The historian is no freer from this obligation than the physicist». Por ello, su misión habría de estar éticamente vinculada a la verdad política y cultural del momento:

«If historians, in their examination of the past, represent the evolution of civilization as haphazard, without direction and without progress, offering no assurance that mankind's present position is on the highway and not on some dead end, then mankind will seek for assurance in a more positive alternative whether it be offered from Rome or from Moscow».

Una actitud así implicaría una forma de control social en la que ciertos valores estarían, sin discusión, por encima de otros. Además, supondría la necesidad de insistir en la responsabilidad del historiador apoyada no tanto en argumentos intelectuales como en la fe hacia la democracia, naturalmente de acuerdo al modelo estadounidense⁴⁵.

⁴² «History, morals, and politics», *International Affairs*, 34/1 (1958), pp. 1-15. La importancia de los hechos recientes se aprecia con especial fuerza en las llamadas a la moralización en EE.UU. tras el Watergate (WRIGHT, G.: «History as a moral science», *The American Historical Review*, 81/1 (1976), pp. 4-5; MURESIANU, John: «Toward a new moral history», *The History Teacher*, 17/3 (1984), pp. 339-353).

⁴³ *Historians' fallacies. Toward a logic of historical thought*, Nueva York, Harper Colophon, 1970, pp. 78-82.

⁴⁴ SCHUYLER, R. L.: «The usefulness of useless history», *Political Science Quarterly*, 56/1 (1941), p. 27. Defendía este autor una historia vinculada a la tradición liberal. Desde una posición opuesta, John DEWEY decía: «all history is necessarily written from the standpoint of the present, and is, in an inescapable sense, the history not only of the present but of that which is contemporaneously judged to be important in the present» (*Logic. The theory of inquiry*, Nueva York, Henry Holt, 1938; recogido en H. Meyerhoff (ed.), *The philosophy of history in our time. An anthology*, Nueva York, Doubleday, 1959, p. 168).

⁴⁵ «The social responsibilities of the historian», *American Historical Review*, 55/2 (1950), pp. 275-285. Las citas en las pp. 283 y 284 respectivamente.

Por estos mismos años se produjo una polémica entre Herbert Butterfield e Isaiah Berlin, criticando el primero la presencia de juicios morales en la escritura histórica, y admitiéndolos el segundo⁴⁶. Decía Butterfield que el historiador no debe transigir con los juicios morales, dado que, en buena medida, los seres humanos lo desconocen todo de los motivos ocultos de los demás, por ello, «moral judgments on human beings are by their nature irrelevant to the enquiry and alien to the intellectual realm of scientific history»⁴⁷. Por su parte, Berlin, además de criticar la posición de Butterfield y la de quienes rechazaban cualquier elemento moral en la historia, señalaba que el historiador debía juzgar, lo quisiera o no, pues las categorías morales están tan plenamente embebidas en el lenguaje cotidiano que es inevitable hacerlo; además, añadía, es difícil no juzgar determinados hechos del pasado, como el nazismo. Resumía su posición en las siguientes palabras:

«The invocation to historians to suppress even that minimal degree of moral or psychological evaluation which is necessarily involved in viewing human beings as creatures with purposes and motives (and not merely as causal factors in the procession of events), seems to me to rest upon a confusion of the aims and methods of the humane studies with those of natural science. It is one of the greatest and most destructive fallacies of the last hundred years»⁴⁸.

En último término, lo que estas discusiones estarían mostrando es una confrontación entre, por un lado, lo relativo a la existencia de principios universales y eternos o, por el contrario, la relatividad de todo lo humano. Como consecuencia de ello, surgiría la discusión acerca de la adecuación en el uso de juicios morales por el historiador, las repercusiones del uso de esos juicios en la verdad histórica.

Sin embargo, la reacción de los historiadores fue escasa. En plena guerra fría las posiciones se centraron en el aislamiento o en un compromiso político y social

⁴⁶ Las ideas centrales de ambos aparecieron en dos libros: BUTTERFIELD, H.: *History and human relations*, Londres, Collins, 1951, pp. 101-130; BERLIN, I.: *Historical inevitability*, Londres, Oxford University Press, 1954, pp. 30-53. Ambos fragmentos están recogidos en H. Meyerhoff (ed.), *The philosophy of history in our time*, pp. 228-271.

⁴⁷ Butterfield, en H. Meyerhoff (ed.), *The philosophy of history in our time*, p. 230. Estos juicios los venía aplicando ya desde tiempo atrás, como en *The Whig interpretation of history*, Londres, G. Bell and Sons, 1931, donde su objeto de crítica era la visión que Acton tenía sobre el papel de los juicios morales en la historiografía. A partir de ahí, y los extendía a cualquiera de los campos a los que se acercaba, por ejemplo, el de las relaciones internacionales: «The scientific versus the moralistic approach in international affairs», *International Affairs*, 27/4 (1951), pp. 411-422. Se analiza lo moral en Butterfield en LOW-BEER, Ann: «Moral judgments in history and history teaching», en W. H. Burston y D. Thompson (eds.), *Studies in the nature and teaching of history*, Londres, 1967, pp. 137-142; OLDFIELD, A.: «Moral judgments in history», *History and Theory*, 20/3 (1981), pp. 262-264; y en MCINTIRE, C. T.: *Herbert Butterfield. Historian as dissenter*, New Haven, Yale University Press, 2004, pp. 55-56, 67-73, 186-189, 219-225; SEWELL, K. C.: *Herbert Butterfield and the interpretation of history*, Houndmills, Palgrave MacMillan, 2005, pp. 48-62. Toca también Oldfield la postura de otros dos autores contrarios a la perspectiva moralizadora: G. K. Clark, que afirmaba que el historiador «serves the general interests of mankind better if he tries to understand and to explain than if he assumes the position of a judge» (*The critical historian*, Nueva York, Basic Books, 1967, p. 209); o incluso E. H. Carr.

⁴⁸ Berlin en MEYERHOFF H. (ed.): *The philosophy of history in our time*, p. 271; véase también LOW-BEER, A.: «Moral judgments in history and history teaching», pp. 139-142. Más recientemente, véase CRAFT, J., «A Berlin for historians», *History and Theory*, 41 (2002), pp. 277-300.

intenso. Los grupos de historiadores cercanos a los distintos Partidos Comunistas occidentales se dedicaron a una intensa labor de actualización de la visión histórica. El historiador, al margen ya del servicio a la nación, debía reivindicar una mirada al pasado ajena a viejas servidumbres. Surgió así con fuerza una historia social, que reunía elementos de las triunfantes ciencias sociales con la pretensión de dar un vuelco a las pautas dominantes en la historia tradicional⁴⁹. Sin embargo, el brillante papel social del que la historia había disfrutado desde su consolidación a mediados del siglo XIX decaía, fruto del aislamiento, del declive de sus planteamientos, de la pérdida de referencias:

«As history sloughed off its nationalist rationales, it lost its claims to special status and got progressively merged into 'social studies' in the schools which served the bulk of the British people. By the early 1960s, if Carr had asked, not an audience of Cambridge historians but the man or woman in the street, 'What is history?', he might well have received the answer, 'Not much'»⁵⁰.

Compromiso, conversión en una ciencia —en el sentido más cercano al modelo de las ciencias naturales—, pérdida de referencias estatales o de justificación del Estado-nación. Todo ello fue configurando un panorama en el que la Historia perdía peso específico en buena parte del mundo occidental (tal vez con la salvedad francesa, en la que el impulso de los *Annales* había permitido una institucionalización sólida, no exenta de críticas)⁵¹. El historiador seguía siendo enseñante, seguía vinculando el coto cerrado de la Universidad con ese territorio cautivo que era la comunidad científica y escolar. La torre de marfil no era vista como algo negativo, pues se consideraba que parte del trabajo del historiador suponía «to extricate himself from all immediate practical concerns, from all contemporary value judgments», incluso de los conceptos, cuya belleza «may be both intellectually and practically perilous if it leads us to forget the types of factual data which necessarily were discarded as the model emerged». En último término, se concluía el argumento con una frase contundente: «Knowledge of history frees us to be contemporary»⁵².

Como consecuencia de estas complejidades se dieron, durante los años sesenta, nuevos pasos en la defensa de la relevancia moral de la profesión histórica; en cierto modo una reivindicación del papel del historiador académico en una sociedad que

⁴⁹ DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien*, pp. 306-12; HOBBSBAWM, E.: *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 181-182, 195, 217 y 268. JACKSON, G. señalaba: «yo no he podido concentrarme nunca en mis estudios sin tener en cuenta los intereses y problemas de la gente entre la cual vivía» (*Memoria de un historiador*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 44-45). Véase también las memorias de uno de los pioneros de la historia social británica tras la guerra, PERKIN, H.: *The making of a social historian*, Londres, Athena Press, 2002.

⁵⁰ MANDLER, P.: *History and National Life*, p. 92.

⁵¹ Véase el conjunto de reseñas recogidas por BONNAUD, R.: *Histoire et historiens depuis 68. Le triomphe et les impasses*, París, Kimmé, 1997, donde habla del «empire braudélien».

⁵² WHITE, L. Jr.: «The social responsibility of scholarship: History. Is Clío a tutelary muse?», *Journal of Higher Education*, XXXII/7 (1961), pp. 359 y 361. Comparte esta opinión, de forma más radical y aplicándola con más fuerza a la educación RAY, G. N.: «Impossible loyalties?: the social responsibility of the humanist», *Journal of Higher Education*, 33/2 (1962), pp. 61-71.

tendía a marginarlo y de la que él mismo había tendido a marginarse. John Higham señalaba: «Having learned something of the relativity of values, today's historians can exercise a morally critical function with tentativeness and humility, with a minimum of self-righteousness, and with a willingness to meet the past on equal terms»; más que el juicio moral, o el análisis científico aislado, defendía la crítica moral, pues mientras el primero coaccionaba al lector y el segundo lo ignoraba, como crítico asumía una responsabilidad activa tanto hacia una fase del pasado como ante el público contemporáneo. Esta propuesta surgía de la ruptura de los absolutos éticos y por ello proponía recurrir como modelo de su crítica a dramaturgos como Shakespeare, novelistas como Tolstoi o historiadores como Tucídides⁵³. Hacían falta nuevas referencias con las que fundamentar una forma de conocimiento a la que se le cuestionaban sus antiguos anclajes, investigación y docencia (y en ocasiones el compromiso político e ideológico a través de ambos) como los dos pilares de una expansión y democratización de la enseñanza superior como no se había conocido en toda la historia de la humanidad. Mientras, la historia tendía a buscar las seguridades que se veían inherentes a las ciencias naturales, bien fuese a través de regularidades, de estructuras o de estadísticas, hasta proclamar la inevitabilidad de una matematización de la historia, como señalaron Emmanuel Le Roy Ladurie o François Furet.

Entre el auge de la Historia y el descrédito del historiador.

La historia resucitó desde los años sesenta, pero no tanto en su prestigio disciplinar, como en su tirón popular. Peter Mandler atribuye el éxito a tres motivos: la gravedad de los errores cometidos en el siglo XX, que parecen hacer del recuerdo un imperativo moral y del historiador el responsable de ello⁵⁴; la búsqueda de nuestros ancestros, favorecida por la ampliación de los medios de comunicación y que nos proporciona una forma de identidad más individualizada y mejor que definiciones identitarias más tradicionales como clase, religión o nación; por último, señala que la historia ofrece también el encanto de lo exótico, tanto como lo eran hasta hace poco el Himalaya o los mares del sur. Probablemente puedan aducirse otros muchos motivos, pero es evidente que de todos ellos surge una ruptura de los marcos tradi-

⁵³ «Beyond consensus», pp. 619-620 y 624-625.

⁵⁴ *History and National Life*, pp. 2-4. Primo Levi lo ha señalado reiteradamente en sus obras, especialmente las dedicadas a su experiencia en los campos de exterminio nazis. En *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, El Aleph, 2002 –ed. original, 1986–, afirma: «No es ni fácil ni agradable sondear este abismo de maldad y, sin embargo, yo creo que debe hacerse, porque lo que ha sido posible perpetrar ayer puede ser posible que se intente hacer mañana y puede afectarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos. Se siente la tentación de volver la cabeza y apartar el pensamiento: es una tentación a la que debemos resistir» (pp. 66-67). Hay alguien capaz de evitar esa distancia creciente con el mal recuerdo: «Es tarea del historiador salvar esta distancia, que es tanto mayor cuanto más tiempo ha transcurrido desde los acontecimientos estudiados», p. 208. Para la memoria como elemento para la justicia, y el pasado como ejemplo para el presente, véase –entre otros–: TODOROV, T.: *Les abus de la mémoire*, París, Arléa, 1995; y GODOY C. (comp.), *Historiografía y memoria colectiva: tiempos y territorios*, Madrid/Buenos Aires, Miño y Dávila, 2002. Richard J. Evans señala la necesidad de reafirmar el propósito inicial de la historia, que no es otro, en su opinión, que explicar y comprender el pasado, no juzgarlo («History, Memory, and the Law: The Historian as Expert Witness», *History and Theory*, 41 (2002), pp. 326-345.

cionales en los que se movía el historiador, surgen nuevas definiciones de su papel social. El historiador, como recoge Dumoulin, pasa a convertirse en un profesional, en un personaje público. Comienza a romper su aislamiento, en buena medida reclamado por un público ávido de nuevas referencias, identitarias, reivindicativas o de curiosidad. Surgen así novedosas formas de expresión historiográfica y, por ello, nuevos requerimientos para el historiador, que en ocasiones se ve tentado a abandonar, siquiera momentáneamente, los seguros refugios de la academia, de la universidad. Nicholas H. Steneck se preguntaba por la posible colaboración de historiadores en la gestión política, y les atribuía la función de críticos residentes. Sin embargo, una serie de obstáculos se oponían a ello, en primer lugar el escaso impulso que desde el gremio de los historiadores se daría a esta intervención y, por tanto, los escasos resultados obtenidos cuando se produjese. En segundo lugar, faltarían estructuras y recursos que favoreciesen el contacto. La conclusión, optimista a su modo, es descorazonadora para el historiador: «the degree to which history can succeed in aiding policy-making will depend on the degree to which it can function as a fact-gathering skill and not as a provocative intellectual discipline»⁵⁵.

No hay que olvidar que el impacto de lo posmoderno llevó a una revisión del trabajo del propio historiador, mostrando la complicidad del gremio en la difusión de la historia como instrumento de las distintas identidades nacionales, como «creación», construcción o superchería interesada y que, en estos momentos, ese seguro refugio no lo es tanto, vistas las perspectivas europeas:

«Taking history for granted is no longer an option, if only because the captive audience is no longer captive. The assumption that history's place in the university is naturally and forever secured might have been safe in the early years of higher education when the nationalist rationale was still a trump card, but its purchase has diminished as nationalism has run into the sand and the range of higher education options has extended»⁵⁶.

La historia triunfa, pero el historiador ve cuestionado su papel tradicional.

Esta situación ha llevado, desde hace unos años, a la diversificación de tareas del historiador. Sin embargo, estas «nuevas» tareas le han provocado un proceso de revisión a fondo del papel social que el gremio ejercía, dado que sus tareas tradicionales comenzaban a verse desplazadas por las más novedosas.

⁵⁵ «The relationship of history to policy», *Science, Technology & Human Values*, 7/40 (1982), p. 111. Mucho más optimista se muestra W. E. Leuchtenburg sobre la intervención del historiador en la gestión política, algo que recomienda vivamente, como ilustra con su propia trayectoria y la de otros historiadores («The historian and the public realm», *The American Historical Review*, 97/1 (1992), pp. 2-3, 5-7 y 14; también lo son, incluso mediante consejos concretos, NEUSTADT, R. y MAY, E.: *Thinking in time: the uses of history for decision makers*, Nueva York, Free Press, 1986, que consideran que el objetivo del libro «is about how to use experience, whether remote or recent, in the process of deciding what to do today about the prospect for tomorrow» (XXII). Véase también la trayectoria de SCHORSKE, C. E.: «El autor: encuentro con la historia», en su *Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, Madrid, Taurus, 2001 (Publicado originalmente como «A life of learning», en D. Greenberg y S. N. Katz (eds.), *The life of learning*, Nueva York/Oxford, The Charles Haskins Lectures/American Council of Learned Societies, 1994), pp. 41-71.

⁵⁶ MANDLER, P.: *History and National Life*, p. 9.

Una forma de dar sentido a una figura tan escasamente productiva ha sido la de convertirlo en experto, en perito de su área de conocimiento, alguien que es fiel a sus principios de acción como sabio conocedor y dueño de un método reconocido y, a partir de ello, desempeña un papel social nuevo⁵⁷. Un síntoma de ello es la aparición del historiador en los medios de comunicación, atraídos por el interés hacia lo más contemporáneo. A partir de los años ochenta, en Francia, el Reino Unido o los EE.UU., se comenzó a pensar en el turbulento período 1914-1945 como algo cada vez más lejano, como algo digno de ser recordado, como un tiempo que cada vez menos pertenecía a los testigos y más al pasado. La industria del entretenimiento comenzó a dedicar atención a este período que se consideraba clave para entender lo que tenía lugar a fines del siglo XX. Vastas reconstrucciones dramatizadas o documentales de la historia de esos años comenzaron a impulsar un encadenamiento de productos e intereses. Cine y televisión se beneficiaron de la existencia de una memoria filmada de aquel período y todo ello contribuyó en gran medida a lo que Mandler llama la creación de una afiliación genética, en la que el público se insertaba en un entramado mediante su propia participación: «The new appeal of history has more to do with people rejecting their 'place', seeing themselves as artists of their own becoming, and using history imaginatively to assist in that process»⁵⁸.

El problema de este interés público hacia el pasado es que dejó al historiador profesional fuera, no tanto por el rechazo de quienes demandaban información y mostraban interés por otros tiempos, sino por auto-exclusión de los propios historiadores, aún más encastillados en sus posiciones y claramente en busca de certezas científicas. El abismo entre una historia popular y una historia académica, que de alguna manera había comenzado ya en el siglo XIX, se incrementaba en la segunda mitad del XX. Sólo aquellos que tenían una inclinación ideológica, religiosa o social concreta, como por ejemplo los marxistas humanistas británicos, mostraron su intención de responder a ese interés mediante la historia desde abajo, una expresión de Edward P. Thompson de 1966 que alcanzó un éxito inmediato, como recoge Mandler:

«Writing 'history from below' was a creative act and a political duty, a gesture of respect to the undeservedly neglected and forgotten which signalled a revival of the causes and values they had stood for. Though they would never have put it that way, these new social historians were using the past to stimulate their moral imagination in just the way Trevelyan had prescribed as one of the most powerful functions of the discipline»⁵⁹.

Esto se traduciría, por ejemplo, en la participación de muchos de los integrantes de este grupo en programas de educación de adultos, bien a través de la Workers' Education Association (WEA), bien a través de las propias universidades⁶⁰. También se

⁵⁷ DUMOULIN, O.: *Le rôle sociale de l'historien*, pp. 33-36; EVANS, R. J.: «History, Memory, and the Law».

⁵⁸ MANDLER, P.: *History and National Life*, p. 108.

⁵⁹ *History and National Life*, p. 113. «History from below», *Times Literary Supplement*, 7-IV-1966 (traducido en D. Thompson (ed.), *Edward Palmer Thompson*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 551-560).

⁶⁰ En *The long revolution*, Londres, Penguin, 1965 [1ª ed. 1961], pp. 164-165, R. Williams señalaba que en el siglo XIX sólo fue «in the sphere of adult education, that the working class, drawing indeed in very old

reflejaría en los «History Workshop», creados en 1966 en la órbita del Ruskin College de Oxford, con una larga tradición previa de activismo social. Como señala Dworkin, «History Workshop was a rare example of working-class militants and new left radicals finding a common ground»⁶¹.

Historia como ciencia, ciencia social, e historia como instrumento de redención. Cada vez más, se pedía que el historiador pudiese aportar algo a la sociedad, una difusa enseñanza cívica, un entrenamiento de la virtud y de las destrezas básicas de cualquier ciudadano para poder llegar a ser plenamente democrático. Para ello, señala Dumolin, el historiador debía «retrouver le sens des conduites, des actes, des paroles» y Wineburg considera que «history holds the potential, only partly realized, of humanizing us in ways offered by few other areas in the school curriculum», y ello a través de la comprensión de lo extraño, de lo ajeno:

«Coming to know others, whether they live on the other side of the tracks or the other side of the millennium, requires the education of our sensibilities. That is what history, when taught well, gives us practice in doing. Paradoxically, what allows us to come to know others is our distrust in our capacity to know them, a skepticism about the extraordinary sense-making abilities that allow us to construct the world around us»⁶².

Fue a partir de estas necesidades sociales como el historiador comenzó a hacer acto de presencia en diversos ámbitos ajenos a los docentes e investigadores habituales. Olivier Dumoulin muestra a este respecto un recelo considerable, que extiende al conjunto de lo que se conoce como *public* o *applied history*, un mundo de acción y no de observación, de encargo y no de inquietud científica⁶³. Como señala el mismo autor, «[d]ans tous les cas le principe qu'il faut respecter en matière de demande sociale est que seule la communauté scientifique est à même de traduire en objectifs de connaissances des réalités qui font problème et que la société, dans toutes ses composantes, lui demande d'analyser»⁶⁴. Esto le sirve para criticar el desarrollo de la *public history* en Francia y, dentro de ella, de la historia y la cultura empresarial, basándose principalmente en el riesgo de instrumentalización que comporta. El argumento de Dumoulin limita la honradez del historiador al marco uni-

intellectual traditions and on important dissenting elements in the English educational tradition, made its contribution to the modern educational debate». Véase lo referente a este autor y su compromiso con la educación de adultos en: WOODHAM, S.: *History in the making. Raymond Williams, Edward Thompson and radical intellectuals, 1936-1956*. Londres, Merlin Press, 2001, pp. 72-83. Como indica D. Dworkin, «[s]ome of the tradition's major texts –Hoggart's *The uses of literacy*; Thompson's *The making of the English working class*, and William's *Culture and society* and *The long revolution*– were products of the adult education setting. The new feminist history was a product of this milieu as well» (*Cultural marxism in postwar Britain. History, the New Left and the origins of cultural studies*, Durham, Duke University Press, 1997, p. 6).

⁶¹ *Cultural marxism in postwar Britain*, p. 186. Véase también SAMUEL, R. (ed.): *History Workshop. A collectanea 1967-1991*, Londres, History Workshop, 1991.

⁶² DUMOULIN, O.: *Le rôle sociale de l'historien*, p. 48; WINEBURG, S.: *Historical Thinking and Other Unnatural Facts*, p. 5.

⁶³ DUMOULIN, O.: *Le rôle sociale de l'historien*, pp. 91-106. Sobre la public history, véase, por ejemplo, GARDNER J. B. y LaPAGLIA P. S. (eds.): *Public history: essays from the field*, Malabar, Fl., Krieger, 1999.

⁶⁴ *Le rôle sociale de l'historien*, p. 109.

versitario, lo que, de alguna manera, le vuelve de espaldas a una realidad social en la que la profesionalidad del historiador se pone en entredicho. ¿Qué diferencia habría entre el historiador que colabora con las conmemoraciones celebradas de forma reiterada al menos desde 1989 y el historiador que realiza el estudio de una empresa concreta?⁶⁵, ¿dónde establecer los límites entre la ética o la perversión de la tarea del historiador?, ¿sigue siendo la comunidad científica la única garante de la ortodoxia? Si es así, ¿dónde reside el fundamento de su legitimidad? No se trata de relativizar, pero sí de considerar la existencia de alternativas y la necesidad de asumir riesgos sin caer en la dependencia de un entorno académico que dista mucho de ser ni uniforme ni justo.

Ni angelical ni mercenario: el historiador en el juzgado.

Un aspecto central en esta ampliación de sus tareas ha sido el de la presencia del historiador, en calidad de experto, en los tribunales de justicia, en muchos casos sobre hechos relativos al período nazi y a la cuestión judía⁶⁶, pero también en otros muchos aspectos, como pone de manifiesto Dumoulin cuando hace referencia al mundo norteamericano, donde la judicialización social conllevó un considerable incremento de los procesos englobados en el rubro genérico de las reparaciones. Dumoulin se muestra profundamente escéptico ante esta presencia del historiador perito o experto en el mundo judicial, resaltando las, a su juicio, manifiestas dificultades para hacer compatible el componente académico y el de experto. Así lo expresaba ya Marc Bloch cuando veía un elemento común a ambos, «l'honnête soumission à la vérité»; pero después, en su opinión, los caminos divergían: «Quand le savant a observé et expliqué, sa tâche est finie. Au juge, il reste encore à rendre sa sentence»⁶⁷. Carlo Ginzburg, por su parte, coincide con esta afirmación, pero llama también la atención sobre la estrecha relación tradicional entre historia y derecho y el componente de juicio moral que aparece tras la primera en tantas ocasiones, algo que cuestionaban M. Bloch o G. Lefebvre en sus obras, hasta el punto de que se hace «difícil imaginar algo más lejano de la historiografía moralista inspirada a partir de un modelo judicial». Cuando Ginzburg escribía esto, ese modelo moralista había entrado en crisis pero, señalaba, arrastraba en su caída la que para él era la «parte constitutiva del oficio del historiador», el elemento común

⁶⁵ ERRO, C. y CASPISTEGUI, F. J.: «Empresarios e historia empresarial. Algunas claves para un mutuo acercamiento», en C. Ero (dir.), *Historia empresarial. Pasado, presente y retos de futuro*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 180-186 y 198-199. Pese a su defensa de la resistencia del historiador a las demandas de la sociedad, H. Rouso se muestra abierto a ellas siempre y cuando se sigan unas pautas de respeto hacia la autonomía de la ciencia (*La hantisse du passé. Entretien avec Philippe Petit*, París, Textuel, 1998, pp. 82-84).

⁶⁶ EVANS, R. J.: «History, Memory, and the Law», pp. 326-333; DUMOULIN, O.: *Le rôle sociale de l'historien*, pp. 11-17, 63-90, 129-146; ROUSSO, H.: *La hantisse du passé*, pp. 85-138. Especialmente polémico ha sido el libro de FINKELSTEIN, N. G.: *The Holocaust industry: reflection on the exploitation of Jewish suffering*, Londres, Verso, 2000 (traducido como *La industria del Holocausto*, Madrid, Siglo XXI, 2002), al calificar como falsedad alguna de las reivindicaciones basadas en lo ocurrido en los campos de concentración nazis.

⁶⁷ *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*, París, Armand Colin, 1964 (5ª ed., 1ª, 1949), p. 69.

a la historia y al derecho: la noción de prueba y, con ella, la de verdad, algo que no podía sustituirse por el concepto de representación⁶⁸. Por su parte, George Kitson Clark señalaba que:

«It is the object of an historian to get as near to the truth about people and events in the past as he can. That is, however, not the primary object of a law court: its object must be to come to a decision, a decision which must as far as possible correspond with the realities of the case, but also a decision which must be fitted into those categories which the general framework of the law supplies, and on which action can be taken. Problematical conclusions, or conclusions which are irrelevant to the restricted purposes of the law, are of no use»⁶⁹.

Es evidente que esta presencia ha provocado problemas, como reconoce William Leuchtenburg, especialmente cuando los historiadores concurren como científicos para certificar los hechos del pasado y se encuentran con otro historiador afirmando lo contrario⁷⁰.

Y, sin embargo, hay experiencias positivas en cuanto se refiere a la presencia de historiadores en el mundo judicial. Así, Richard J. Evans, considera factible su participación en los juzgados, siempre y cuando se mantenga dentro de unos límites claros: «as far as possible we should restrict ourselves to providing contextual information, at least where criminal cases are involved. It ought, at least in theory, to be possible to do this in a way that leaves the decision on the guilt or innocence of an individual up to the court»⁷¹. Ya en 1954 hubo participación en juicios relativos a la reivindicación de derechos civiles en EE.UU. de historiadores como Comer Vann Woodward, John Hope Franklin o Alfred Kelly⁷². A partir de aquí otros historiadores accedieron a las salas de los juzgados⁷³. Un ejemplo significativo es el de David J.

⁶⁸ *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993, pp. 21 y 23 respectivamente.

⁶⁹ *The critical historian*, p. 15.

⁷⁰ «The historian and the public realm», pp. 11-13.

⁷¹ «History, Memory, and the Law», p. 343.

⁷² Woodward escribió al respecto *The strange career of Jim Crow*, Nueva York, Oxford University Press, 1957 (1ª ed. 1955, fruto de un curso desarrollado en la Universidad de Virginia en 1954). En este libro trata de explicar los orígenes de la segregación racial en EE.UU. a partir del personaje de una canción popular del siglo XIX que recogía el estereotipo de los esclavos y sus descendientes y personificaba el sistema de dicha segregación. Señalaba Woodward que «[t]he distortions and perversions that have taken place in Jim Crow history are all the more regrettable in view of the current debate that rages over segregation. The national discussion over the questions of how deeply rooted, how ineradicable, and how amenable to change the segregation practices really are is being conducted against a background of faulty or inadequate historical information. And some of the most widely held sociological theories regarding segregation are based upon erroneous history» (IX). Fue precisamente ésta la labor de los historiadores en los juicios en los que tomaron parte, tratar de mostrar las raíces históricas de la segregación y sus conexiones con la esclavitud (véase lo relativo a ese proceso y sus consecuencias en las pp. 147-179). A. H. Kelley trató sobre la presencia de la historia en los trabajos de la Corte Suprema de EE.UU. haciendo referencia a los casos de segregación en «Clio and the court: an illicit love affair», *Supreme Court Review* (1965), pp. 142-145.

⁷³ La relación entre el mundo judicial y la historia ha recibido una atención preferente desde las mencionadas propuestas de la *Public history*, hasta el punto que se considera esta orientación del trabajo histórico como una salida profesional definida. Véase, por ejemplo, los puntos de vista de dos historiadores que participaron

Rothman, historiador de la medicina, que describe con detalle uno de los procesos en los que ha participado, haciendo especial hincapié en la relación entre historia y derecho y en las implicaciones de dicho contacto para los historiadores. Para ello analiza un caso en el que se juzgaba la exposición no autorizada de mujeres embarazadas a partículas radioactivas con el fin de estudiar sus niveles de absorción. Pese a desarrollarse las pruebas en la segunda mitad de los años cuarenta, sólo se conocieron a fines de los noventa. Su tarea consistió en mostrar los conocimientos de la época acerca de los riesgos que estas prácticas implicaban y, así, certificar la violación de los patrones éticos vigentes y, por ello, de los derechos de las afectadas. La defensa, por su parte, procuró demostrar que en aquella época no se solicitaba consentimiento.

Más allá del contenido concreto del caso, lo original de la exposición de Rothman radica en el examen de los dos puntos de vista con los que analizó el proceso: como experto de las litigantes durante el juicio y, por tanto, ocupado en aportar criterios que sirviesen a ese fin; y como historiador, al preparar una conferencia y un artículo, preocupado por otros oyentes y, por tanto, con otra perspectiva. En este segundo punto de vista, en el archivo y no en el juzgado, «instinctively and reflexively I broadened the scope of inquiry», y ello se apreció, por ejemplo, en un mayor interés por las mujeres con las que se había experimentado, sus características, el color de su piel (todas eran blancas), o su situación social, cuestiones éstas que no habían despertado interés alguno en el juicio. Tampoco se trató en éste lo relativo a los motivos que llevaron al hospital a realizar esa investigación (fundamentalmente por obtener fondos de la Fundación Rockefeller), o el interés que los descubrimientos sobre las vitaminas estaban despertando en el mundo médico. La conclusión a la que llega tras exponer las dos perspectivas es que existen diferencias cruciales entre el juzgado y el archivo. A pesar de ello, considera que el testimonio como experto no manipula necesariamente las evidencias para servir al cliente⁷⁴; y que entrar en el juzgado no es hacer historia, pues los caracteres principales del historiador quedan fuera. Se plantea entonces por qué participar en el mundo judicial y lo justifica señalando la necesidad de colaborar con el sistema legal o incluso para contribuir a reparar lo que el historiador pueda considerar una injusticia⁷⁵. Aunque el análisis considere el uso de la historia por parte de los jueces del Tribunal Supremo, llega a parecidas conclusiones

en bandos opuestos del mismo juicio: BECKER, C. M.: «Professor for the plaintiff: classroom to courtroom», *The Public Historian*, 4/3 (1982), pp. 69-77; y JOHNSON, L. R.: «Public historian for the defendant», *The Public Historian*, 5/3 (1983), pp. 65-76.

⁷⁴ A este respecto, y aunque procedente de otro campo, el de la antropología, es interesante la reflexión que realizaba M. Mead al afirmar que, aunque un antropólogo nunca tendría como cliente una cultura o una sociedad, es necesario distinguir entre los intereses y valores del cliente y los valores más amplios, que ella define como «the most inclusive system of interrelationships within which sequential changes in the actions of persons may be identified» («The social responsibility of the anthropologist: the second article in a series on the social responsibility of scholarship», *The Journal of Higher Education*, 33/1 (1962), p. 5).

⁷⁵ «Serving Clio and client: the historian as expert witness», *Bulletin of the History of Medicine*, 77 (2003), p. 39. Sobre la repercusión de la participación en procesos judiciales véase KOUSSER, J. M.: «Are expert witnesses whores? Reflections on objectivity in scholarship and expert witnessing», *The Public Historian*, 6/1 (1984), pp. 5-19. También se publicó en T. J. Karamanski (ed.), *Ethics and public history: an anthology*, Malabar, Robert

Alfred H. Kelley, al señalar las diferencias entre ambas formas de conocimiento, y las refleja de forma gráfica: «The Court [...] has attempted to sit on two stools at once and has fallen between them». Además, los objetivos a los que pretende llegar son tan distintos que muchas de las preguntas de los jueces al pasado son irresolubles, pues parten de un concepto de verdad que no tiene en cuenta la discontinuidad de la historia. Por ello, no aprecian que la verdad de ésta no surge de su utilidad. Pese a todo, considera que ese alto tribunal debe seguir usando la ciencia de Clío, pero despojada de cualquier rasgo político que la perturbe⁷⁶.

Este debate acerca de la presencia del historiador en las salas de los juzgados pronto se extendió a otros países, como muestran el controvertido proceso contra Eichmann en Israel⁷⁷, o los casos contra Klaus Barbie, Paul Touvier y Maurice Papon en Francia que, además de la polémica sobre la presencia de los historiadores en ellos, plantearon serias críticas a la reescritura de la historia que muchos de estos procesos llevaron a cabo, así como el cuestionamiento del trabajo historiográfico que en muchas ocasiones implicaba⁷⁸.

E. Krieger, 1990, pp. 31-44. Decía Kousser: «The process by which a fundamentally honest expert witness arrives at conclusions [...], differs less from that which honest scholars employ in their everyday work than is sometimes charged». Para añadir más fuerza a su argumento, que extiende la legitimidad de cualquier testimonio, insiste claramente en el relativismo al afirmar que «it is by no means clear that the normal procedures guarantee more objective results than those a witness uses» (ambas citas en p. 42). Coincide con estos argumentos J. C. Williams, «Clio meets Portia: objectivity in the courtroom and the classroom», en el mismo libro, pp. 45-56.

⁷⁶ «Clio and the court», p. 155. Tienen muchas menos reticencias al respecto P. McCrary y J. G. Hebert, al afirmar que «[t]he standards of the courtroom are as high as those of academe». Además, afirman que con la participación del historiador en los tribunales, «historical research may exercise a direct influence over events in the real world of the present» («Keeping the courts honest: the role of historians as expert witnesses in southern voting rights cases», *Southern University Law Review*, 16 (1989), p. 128).

⁷⁷ En este caso, por ejemplo, la posición de H. Arendt fue totalmente contraria, al considerar que los tribunales debían administrar justicia y no responder a cuestiones tan amplias como determinar las razones por las que se produjo el holocausto en un lugar y tiempo determinados o juzgar al antisemitismo en la historia. Criticaba el uso mitificador del proceso en beneficio del Estado israelí y consideraba que había que juzgar a un individuo, no escribir la historia definitiva de la Shoa (*Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona, Lumen, 1999). Véase también WILSON, R. A.: «Judging history: the historical record of the International Criminal Tribunal for the Former Yugoslavia», *Human Rights Quarterly*, 27 (2005), pp. 919-922, sobre el peligro de convertir los juicios en espectáculos, al ocupar la historia un lugar central en la mitificación nacionalista y al plantearlos como una batalla sobre la historia oficial.

⁷⁸ Carlo Ginzburg señalaba sobre el caso Sofri: «el juez instructor Lombardi y el fiscal Pomarici se han comportado como historiadores más que como jueces; y no sólo eso: como historiadores poco prudentes» (*El juez y el historiador*, p. 111). Para Francia, véase, entre otros: CONAN, E. y ROUSSO, H.: *Vichy, un passé qui ne passe pas*, París, Fayard, 1994; ROUSSO, H.: *La bantise du passé*, pp. 96-97; PAXTON, R. O.: «The trial of Maurice Papon», *The New York Review of Books*, XLVI/20 (16-XII-1999), pp. 32-38; véase GOLSAN, R. J.: *Vichy's afterlife: history and counterhistory in postwar France*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2000, pp. 88-102, para el caso Touvier, y 156-80 para el caso Papon; GOLSAN, R. J.: *Memory, the holocaust, and french justice*, Hanover, Dartmouth/UPNE, 1996; «History and the 'Duty of memory' in postwar France», en H. Marchitello (ed.), *What happens to history. The renewal of ethics in contemporary thought*, Nueva York, Routledge, 2001, pp. 23-39. Jean de Maillard señalaba que con estos procesos se estaba procediendo a una responsabilización del Estado, más que de los individuos, en lo relacionado con la participación en el holocausto («A quoi sert le procès Papon?», *Le Débat*, 101 (1998), pp. 32-42).

Desde un punto de vista similar cabe pensar, incluso, en los tribunales penales internacionales, tanto para las matanzas de Ruanda como para la antigua Yugoslavia. En estos casos se introducía una cuestión de importancia, la de si la administración de justicia era incompatible con la elaboración de obras históricas sobre violaciones masivas de derechos humanos. De hecho, se planteaban varias de las objeciones ya vistas: la incompatibilidad metodológica entre historia y derecho; dada la necesidad de seguir sus propios principios, la ley acababa reduciendo hechos complejos a un esquema aplicable a la realidad social y distorsionando con ello la historia⁷⁹; los tribunales son muy limitados en su alcance como para abarcar las cuestiones por completo; incluso se criticaba que la historia producida en el ámbito judicial era muy aburrida. También hay, sin embargo, similitudes, como la apoyatura en evidencias, el uso de testigos y la búsqueda de confirmación de los testimonios, prestan atención –al menos teórica– hacia el contexto de las acciones individuales, atienden a lo particular sin dejar de lado lo general. Además, en último término, comparten la presentación de los hechos de forma cronológica y coherentemente narrativa⁸⁰. En cualquier caso, se considera que la presencia de historiadores en los tribunales internacionales es más factible y provechosa, dado que liberan a los intervinientes de las ataduras del nacionalismo; por su parte, la aplicación de nuevas normas internacionales sobre genocidio y crímenes contra la humanidad puede reforzar la interacción entre historia y derecho, al implicar la necesidad de conocimiento de un contexto mucho más amplio que el de los casos criminales habituales⁸¹. Sin embargo, a pesar de que las razones que aportan se apoyan en el humanitarismo de las posiciones de los acusadores, apenas tienen en cuenta las repercusiones disciplinares, lo que muestra la dificultad en el acercamiento entre ambas formas de conocimiento, al menos si nos limitamos a verlas desde esta perspectiva.

No menos relevante sería el incremento de la «memorialización» de la historia, la tendencia a equiparar y confundir dos realidades, diferentes aunque vinculadas⁸², y su aplicación al ámbito de la justicia, la política o, al menos, a una militancia de la

⁷⁹ Cuando se juzgó a Touvier en 1992, el tribunal acabó concluyendo que el régimen de Vichy no fue totalitario, pues no buscaba la hegemonía ideológica. Por ello, a los encausados por pertenecer a él no se les podía juzgar por crímenes contra la humanidad, reservados a los seguidores de regímenes totalitarios. ROUSSO, H.: *La hantise du passé*, pp. 98-108.

⁸⁰ WILSON, R. A.: «Judging history», pp. 912-918.

⁸¹ *Ibidem*, pp. 940-941. Llega a decir que «international tribunals such as the ICTY [International Criminal Tribunal for the Former Yugoslavia] are altering the relationship between law and history», p. 941. Por su parte, R. J. Donia, participante en el proceso contra el general croata T. Blaškić, señala que «[a]s part of their cautious approach to decisions, judges have carefully considered the implications of the region's history in the cases they try. International law and regional history have met one another in the Hague tribunal's three courtrooms» («Encountering the past: history at the Yugoslav war crimes tribunal», *Journal of the International Institute*, 11/2-3 (2004), p. 2).

⁸² Así las define ROUSSO, H.: *La hantise du passé*, p. 21: «La mémoire s'appuie par définition sur une expérience vécue ou transmise, donc un passé qui a laissé des traces vivantes, perceptibles par les acteurs et portées par eux. L'histoire, entendue ici au sens d'une reconstruction savante du passé, s'intéresse à des individus, à des faits sociaux qui peuvent avoir totalement disparu de la mémoire collective, même s'il subsiste des traces que l'historien doit repérer et interpréter».

memoria. Además, esta óptica partidaria generalmente tiende a excluir toda aquella memoria que no se encuadre en la dominante⁸³. Aunque es un tema de una gran amplitud y relevancia que no trataré aquí, tal vez cabría mencionar, por ejemplo, la sustitución de la heroica lucha contra los nazis, por la culpabilidad colectiva de los franceses ante el holocausto⁸⁴; la ausencia de juicios sobre el papel de la Italia fascista durante la Segunda Guerra Mundial, en buena medida fruto de las circunstancias internacionales de la posguerra y la paralela creación del mito del «buen italiano»⁸⁵. Incluso, aunque carezca del componente judicial de los anteriores, la cuestión de los llamados «Papeles de Salamanca» en España, que ha puesto de manifiesto el enfrentamiento entre sensibilidades difícilmente reductibles a los esquemas cartesianos de la justicia, una cuestión de memorias, en plural, más que de historia.

Ética en la Historia y responsabilidad del historiador.

Muy en relación con el papel social del historiador, y en buena medida al hilo de su mejor visibilidad está una cuestión que subyace a lo anterior y que se manifiesta con especial insistencia en las últimas décadas: la relativa a la ética y a la responsabilidad del historiador, ya asumida previamente, como hemos visto, por sectores comprometidos, de la izquierda u otros⁸⁶. Su presencia pública ha mostrado de manera clara, con los riesgos inherentes, la repercusión de sus acciones, bien a través de la escritura de la historia, bien a través de la divulgación mediática: «it is not at all surprising to see why public visibility was a major factor in prodding historians to deal with the question of professional ethics»⁸⁷. Arlette Farge lo recoge al afirmar que, «[d]epuis de nombreuses années déjà, l'historien est au-devant de la scène car il

⁸³ TODOROV, T.: *Les morales de l'histoire*, París, Grasset, 1991; ROUSSO, H.: *La hantise du passé*, pp. 11-47; entre la inmensa bibliografía al respecto, véase tres artículos especialmente interesantes: PEIRÓ, I.: «La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores», *Memoria y Civilización*, 7 (2004), pp. 243-294; BERNSTEIN, R. J.: «The culture of memory», *History and Theory*, 43/4 (2004), pp. 165-178; OLÁBARRI, I.: «La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad», en: I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Ed. Complutense, 1996, pp. 145-173.

⁸⁴ GOLSAN, R. J.: «History and the 'Duty of memory'», pp. 26-27.

⁸⁵ GALLERANO, N.: *Luso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli, 1995; PALMER, D. R.: *Processo ai fascisti 1943-1948. Storia di un'epurazione che non c'è stata*, Milán, Rizzoli, 1996; FOCARDI, F. y KLIN-KHAMMER, L.: «The question of fascist Italy's war crimes: the construction of a self-acquitting myth (1943-1948)», *Journal of Modern Italian Studies*, 9/3 (2004), pp. 330-348; BATTINI, M.: «Sins of memory: reflections on the lack of an Italian Nuremberg and the administration of international justice after 1945», *Journal of Modern Italian Studies*, 9/3 (2004), pp. 349-362. Una ácida visión literaria sobre esta cuestión la recoge el recuerdo del Tristano de Tabucchi, que en el momento de recibir la medalla por su participación en la resistencia encarna «a los italianos todos, también a nosotros, generales y presidentes que en la Resistencia no tomamos parte, nos representa a todos nosotros, porque jamás el pueblo italiano fue fascista, y en él nos reconocemos, el pueblo italiano siempre combatió contra el fascismo, siempre, eso de ser fascista el pueblo italiano, ni en sueños» (TABUCCI, A.: *Tristano muere. Una vida*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 92-93).

⁸⁶ Además de lo ya citado, D. P. Warwick, señala que «[t]he most powerful blow against ethical neutrality and its positivist roots came from the student movement of the 1960s» y como reacción contra la guerra de Vietnam, etc. (*The teaching of ethics in social sciences*, Nueva York, The Hastings Center, 1980, p. 33).

⁸⁷ KARAMANSKI, T. J.: «Introduction: ethics and the use of history», en T. J. Karamanski (ed.), *Ethics and public history*, p. 7.

appartient au monde intellectuel, sensé réfléchir sur notre passé et notre présent». Además, añade, «l'historien adopte, quel que soit son objet de recherche, une posture étiqúe spécifique, une façon d'être au monde et de l'éclairer qui lui est propre», y eso, señala, es preciso explicarlo: «ses positions théoriques et ses postures éthiques»⁸⁸.

Esta creciente necesidad de abordar el componente moral de su trabajo, si bien no es nueva en la auto-reflexión de quienes practican la disciplina, sí ha alcanzado una mayor relevancia en nuestros días, en buena medida por el auge de la historia reciente y por el consiguiente impacto en los testigos y los protagonistas de los hechos narrados⁸⁹. Por ello se lanzan propuestas que pretenden sobre todo que el historiador forme parte de la realidad que lo circunda, asuma sus limitaciones y las de la verdad y la objetividad histórica y lleve a cabo una cierta educación terapéutica de la sociedad⁹⁰. La cercanía de sus temas de estudio al interés público puede dar al historiador una repercusión inusitada en la sociedad, lo que tendería a incrementar su peso social, pero también el riesgo de polémica. Esta mayor presencia, sin embargo, corre paralela con el descrédito como profesión o, al menos, con la falta de legitimidad añadida a su papel por su condición académica o científica. Vendría a decir este argumento que no por serlo el historiador tiene más argumentos que un periodista, por ejemplo, en su opinión sobre hechos históricos recientes.

Ya desde la segunda mitad de los años sesenta llegaron o cuajaron en el ámbito de la disciplina histórica una amplia serie de cambios: la pérdida de la confianza en la idea de progreso, ya evidente desde los años veinte, pero no plenamente asumida por una historia teleológica y finalista, que recibía también la crítica a los modelos racionalistas; la desconfianza hacia el cambio, el desinterés hacia lo que no fuesen elementos estructurales; la tendencia a disolver las viejas polaridades; el reconocimiento de la diversidad, de la subjetividad. Factores todos ellos muy presentes en las novedades intelectuales del pensamiento postmoderno o postestructuralista. Esta situación supuso un paso más en la necesidad de repensar la figura del historiador y la de la propia historia y en este contexto, uno de los muchos frentes abordados fue el relativo a la ética del historiador, que pasó de ser rechazada como un ataque a la objetividad y, por tanto, a la verdad, a reivindicarse como un elemento fundamental en su trabajo⁹¹. Ya no se trataba tanto de aportar información como de explicar significados, y en ello la personalidad y las circunstancias del historiador jugaban un impor-

⁸⁸ FARGE, A.: *Quel bruit ferons-nous? Entretiens avec Jean-Christophe Marti*, París, Les Prairies ordinaires, 2005, pp. 19, 22 y 29 respectivamente.

⁸⁹ Un ejemplo polémico es el representado por el libro de GLOVER, J.: *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2001 (ed. original, *Humanity. A moral history of the twentieth century*, Londres, Jonathan Cape, 1999). Véase la amplia reseña de MEGILL, A.: «Two para-historical approaches to atrocity», *History and Theory*, 41/4 (2002), especialmente pp. 109-119.

⁹⁰ B. Southgate propone que las humanidades –y la historia en particular– «perform a practical and essentially 'therapeutic' role in an education that might actually constitute another route to 'greater human happiness', and give us cause for hope» (*What is history for?*, p. 2).

⁹¹ WARWICK, D. P.: *The teaching of ethics in the social sciences*, pp. 32-36, sitúa a partir de 1965 el retorno de la ética a la enseñanza. Esto significa, en cualquier caso, que esta necesidad sea universal, pues, como señala

tante papel, así como la creciente conciencia de su responsabilidad social. Todavía en estos momentos se mantenía un valor de carácter profesional: el respeto absoluto por la verdad, un ideal cuestionado por el reconocimiento de la subjetividad inherente al conocimiento, pero todavía un factor de garantía respecto al relativismo. Sin embargo, este punto de vista mantenía una tendencia al aislamiento del historiador respecto a la sociedad, al desinterés hacia todo lo que no fuese la realización de su trabajo, al modelo de la historia como conocimiento autónomo y válido por sí mismo⁹².

Cuando en 1973 aparece *Metahistory*, de Hayden White, la corriente que desde fines de los años cincuenta recorría el mundo filosófico y de la crítica literaria hizo su entrada en el escenario historiográfico. Se cuestiona la esencia tradicional de la historia a través de su concepción como una construcción estilística que determinaría el contenido del relato. La historia no estaría, por tanto, muy alejada de la ficción. La respuesta a esta actitud fue la de tratar de mostrar que, si bien el peso de la narración es sumamente significativo, la diferencia con la narrativa novelística radica en la dependencia del archivo, en la referencia a una realidad que está más allá del relato, aun cuando se reconozca el carácter construido y subjetivo de las fuentes que sirven para acercarse a él. Además, el objetivo sería el de obtener la verdad, o al menos acercarse a ella: «Abandonar esta intención de verdad, que fundamente la historia como disciplina crítica, sería dejar el campo libre a todas las falsificaciones, a todos los falsarios que, porque traicionan el conocimiento, hieren la memoria. Los historiadores, al hacer su tarea, deben estar alertas y vigilantes»; o formulado de otra manera: «The moral purpose of history is to reveal the truth about the past. Yet is that a satisfactorily complete ethical foundation for a profession? Certainly truth or, tu put it more humble, the pursuit of truth about the past can serve as a base line for all historians. Without truth, there cannot be history»⁹³.

En un proceso cartesiano, que partió de la duda metódica para fundar la base del conocimiento histórico en la aproximación a la verdad, se afrontó una revisión completa del trabajo del historiador, visto ya como un factor decisivo en el resultado final de la investigación. Una de las vías adoptadas fue la de reclamar un rearme ético que adoptó considerables matices, pero que implicó asumir la presencia del historiador y sus condicionantes en el relato histórico⁹⁴. Este reconocimiento del papel ético del

J. Cracraft, «The hesitancy to discuss the moral aspects of thier work by historians otherwise willing to discourse at length on the discipline, their suggestion, even insistence, that such moral judgments as historians feel compelled to make should be few and left implicit, is little less than stunning» («Implicit morality», *History and Theory*, 43/4 (2004), pp. 34 y 37).

⁹² Véase, por ejemplo: LOW-BEER, A.: «Moral judgments in history and history teaching»; WRIGHT, G.: «History as a moral science», pp. 1-7; KARAMANSKI, T. J.: «Introduction: ethics and the use of history», pp. 1-15.

⁹³ CHARTIER, R.: «La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas», en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.), *La «nueva» historia cultural*, p. 33; KARAMANSKI, T. J.: «Introduction: ethics and the use of history», p. 10.

⁹⁴ WRIGHT, G.: «History as a moral science», pp. 7-11; J. Muresianu señala al respecto: «there is an order of moral-historical questions that deserves to be addressed explicitly by historians, and, indeed, to be placed at the very center of their research and writing» («Toward a new moral history», *The History Teacher*, 17/3 (1984), p. 340).

profesional de la historia implicaba también reconsiderar su posición en la educación, pasando del neutralismo positivista al activismo, impulsando la idea de que la ética serviría como elemento de contacto entre el mundo intelectual y el de la política, entre la reflexión y la acción. En cierto modo, serviría para proporcionar los elementos necesarios con los que actuar en el mundo⁹⁵. De aquí derivaría la creciente importancia de lo relativo a la recepción de su docencia, de su investigación o de la difusión de ésta, pues dejarían de ser factores de relación internos a un gremio concreto, para pasar a ser considerados como vías de actuación en la sociedad circundante:

«Readability requires that the reader engage with the author, and what the historian may imagine to be a value-free expression may nevertheless make a moral or emotional impact on the reader. The historian ought not to be ignorant of the likely relationship of historical knowledge with the reader's overall understanding, which inevitably includes elements of the contemporary moral and political realm. Being a historian is essentially a matter of searching for historical knowledge as part of an obligation voluntarily undertaken to give truth to those who have a right to it. Factual knowledge and judgments of value are both required»⁹⁶.

Lo significativo es que desde posiciones posmodernas se produjo una fácil aceptación de la presencia de valores éticos en la historia. Frank R. Ankersmit considera los valores políticos y morales como la parte menos problemática de la subjetividad del historiador, por ser los más fácilmente reconocibles. Es más, tendrían «the unnering capacity to dissolve the otherwise solid boundaries between the subjective (the historian and his or her world) and the objective (the past itself) in historical writing»⁹⁷. Rotas las barreras de lo objetivo y lo subjetivo, lo que quedaría en manos del historiador sería una retórica moral, dado que el conocimiento histórico, desde este punto de vista, sería una forma narrativa en la que la presencia de valores políticos y morales sería ineludible —aunque relativa⁹⁸—. Esto llevaría a una más fácil aceptación de lo moral en su relación con la historia pues lo que aportaría sería «something that might and should contribute to human betterment and hope», indica Beverly Southgate acudiendo a la petición de Richard Rorty. Esto se llevaría a cabo creándonos a nosotros mismos más que conociéndonos, pues todo conocimiento, desde este punto de vista, sería un acto de auto-creación. En este caso, la auto-creación implicaría una evidente referencia a la obra de Nietzsche⁹⁹. Sin embargo, como señala

⁹⁵ OLDFIELD, A.: «Moral judgments in history», pp. 267-77; HEDRICK, C. W.: «The ethics of world history», *Journal of World History*, 16/1 (2005), pp. 33-49.

⁹⁶ GORMAN, J.: «Historians and their duties», *History and Theory*, 43/4 (2004), p. 115. Algo similar afirmaba ya CHILD, A.: «Moral judgment in history», *Ethics. An International Journal of Social, Political, and Legal Philosophy*, LXI/4 (1951), pp. 297-308.

⁹⁷ «The ethics of history: from the double binds of (moral) meaning to experience», *History and Theory*, 43/4 (2004), p. 86.

⁹⁸ «Given the contingency of our 'human condition', a condition wherein 'everything can be redescribed' interminably, the portrait of the ethically responsible intellectual [...] is radically provisional» (JENKINS K., «Ethical responsibility and the historian: on the possible end of a history 'of a certain kind'», *History and Theory*, 43/4 (2004), p. 58).

⁹⁹ *What is history for?*, pp. XII y 2; véase también, pp. 126 y ss. Sobre Rorty: SIMPSON, E. y WILLIAMS, M.: «Reconstructing Rorty's ethics: styles, languages, and vocabularies of moral reflection», en

Keith Jenkins, no serían los historiadores los más adecuados para analizar lo relativo a la ética de su trabajo, para pasar de lo que, en definitiva, son mecanismos, medios y procedimientos, a cuestiones de sustancia ética y compromiso al estilo de autores como Jean François Lyotard, Edward Said o Alain Badiou, quienes han mostrado, para Jenkins, «a concern for present and future *justice* for all human beings», una actitud adoptada como «*the animating core of their entire (and not just their professional) lives*»; sería ésta una nueva forma de ética distinta a la «tradicional»¹⁰⁰. También aquí habría que mencionar la fuerte presencia de la «ética del testimonio», apoyada en la descripción del Holocausto de Primo Levi¹⁰¹.

Estos argumentos posmodernos –en sentido muy amplio– no deben suponer, sin embargo, una reacción contraria de reafirmación de la neutralidad científica y, por ello, de rechazo de cualquier juicio, sino más bien debe conducir a una educación moral en la que los historiadores participen activamente, afirmando su capacidad para analizar y afrontar los retos que las cuestiones éticas suponen y asumiendo con claridad sus propios presupuestos morales, así como su aplicación concreta a la investigación y a la docencia¹⁰².

De forma paralela está la cuestión de la responsabilidad ante la sociedad que lo acoge –aunque lo ignore–, en la que se incluyen no sólo los receptores del trabajo historiográfico, sino también los muertos, frente a los cuales el historiador tendría el deber de hacerles justicia y proteger su dignidad, en un compromiso ético que trascendería nuestro propio tiempo: «concern for the dignity of the subjects of historical study constitutes the most important of several classes of responsibilities of historians»¹⁰³.

Está, además, otra cuestión cada vez más relevante, la posibilidad de que el historiador pueda acudir ante la justicia, no sólo como colaborador de ella. El historiador se convertiría, así, en alguien que debía dar cuenta de sus investigaciones no sólo frente a la comunidad científica, sino ante la sociedad¹⁰⁴. Evidentemente, esto tiene una

G. B. Madison y M. Fairbairn (eds.), *The ethics of postmodernity: current trends in continental thought*, Evanston, Northwestern University Press, 1999, pp. 120-137.

¹⁰⁰ «Ethical responsibility and the historian», p. 60. Subrayados en el original. Véase también su *Why history? Ethics and postmodernity*, Londres, Routledge, 1999, pp. 1-33, 201-206; G. B. Madison y M. Fairbairn (eds.), *The ethics of postmodernity*.

¹⁰¹ Véase el libro de AGAMBEN, G.: *Remnants of Auschwitz: the witness and the archive*, Nueva York, Zone Books, 2000, y el amplio comentario sobre él de ZIAREK, E.: «Evil and testimony: ethics 'after' Auschwitz», *Hypatia*, 18/2 (2003), especialmente pp. 199-203.

¹⁰² GORMAN, J.: «Historians and their duties», pp. 116-117. Un ejemplo de estas aplicaciones son los «Statements on Standards of Professional Conduct», de la «American Historical Association» ([www.historians.org/pubs/free/professionalstandards.cfm], visto el 14 de febrero de 2006), en el que, además de cuestiones concretas (como lo relativo al plagio, la enseñanza, el empleo, etc.), se dice: «practicing history with integrity does not mean being neutral or having no point of view».

¹⁰³ Esta es la propuesta de DE BAETS, A.: «A declaration of the responsibilities of present generations toward past generations», *History and Theory*, 43/4 (2004), p. 158. Desde otro punto de vista, véase SOUTHGATE, B.: *What is history for?*, pp. 53-57.

¹⁰⁴ DUMOULIN, O.: *Le rôle sociale de l'historien*, pp. 129-146.

serie de consecuencias, tal vez una de las más visibles de las cuales sea la del acceso a la información, pues el historiador pasa a convertirse en «sospechoso» para el archivero, ante el temor de que las repercusiones judiciales derivadas de la investigación historiográfica, salpiquen a quien ha permitido la consulta de documentación sensible¹⁰⁵. Tampoco es despreciable lo relacionado con la difamación, algunas de cuyas manifestaciones legales pueden incurrir en abusos contra el trabajo del historiador, especialmente si acaban cayendo en una forma de censura encubierta¹⁰⁶.

¿Qué hacer con los historiadores hoy?

Todo ello no hace sino renovar el interés por dilucidar el papel social del historiador, una cuestión tan variable a lo largo del tiempo como la propia condición de la historia: ¿investigadores, profesores, educadores cívicos, profesionales cuasi-liberales, creadores de memoria –nacional, grupal o individual–? ¿podemos considerar a la historia «as a tool for changing how we think, for promoting a literacy not of names and dates but of discernment, judgment, and caution»¹⁰⁷? ¿sigue teniendo interés para nuestras sociedades la tarea del historiador? Tal vez sí, pero ¿responden los historiadores profesionales, académicos, a las peticiones de la sociedad? ¿tienen que convertirse en una mera respuesta al juego del libre mercado? ¿se puede mantener, por el contrario, el estatus de privilegio de quienes se dedican a la historia por la historia? ¿hay que asumir con normalidad la carga ética y moral de las obras históricas o, más bien, reforzar la pretensión de neutralidad?, ¿puede el historiador actuar sobre la sociedad que le acoge sin renunciar a sus características como disciplina?

Tal vez todavía necesitemos mucho tiempo para profundizar en las implicaciones sociales de nuestra actividad, más allá de poner de manifiesto nuestras responsabilidades como constructores y destructores de mitos, forjadores y debeladores de identidades, jueces o testigos omniscientes. Tal vez sea hora de plantearnos la deontología de la disciplina, la necesaria reflexión sobre las responsabilidades del historiador en el seno de una sociedad que tal vez ya no admita con facilidad que esta profesión se siga escudando en la altura de la ciencia, sin prestar atención a las repercusiones de su tarea. Como señala James Cracraft, se hace preciso «[t]o admit in one way or another moral values inform, even pervade our histories would be to deny their fully academic (read, scientific) character and thereby inflict on our work, in the academy's eyes, a proportional loss of authority, credibility, and respectability». Por ello, señala, «our moral judgments, and the values informing them, remain, as a rule, implicit»¹⁰⁸. Es evidente que una actitud así supone romper con un modelo tópico de historiador,

¹⁰⁵ Así lo recogía D. H. Flaherty y acababa afirmando que «the formulation of explicit ethical guidelines on information use, such as codes, is not a simple task, but an essential one, if holders of data and the general public are to be persuaded that the research community is trustworthy» («Privacy and confidentiality: the responsibilities of historians», *Reviews in American History*, 8/3 (1980), p. 427.

¹⁰⁶ DE BAETS, A.: «Defamation Cases against Historians», *History and Theory*, 41 (2002), pp. 346-366.

¹⁰⁷ WINEBURG, S.: *Historical Thinking and Other Unnatural Facts*, p. IX.

¹⁰⁸ «Implicit morality», p. 38.

muy arraigado socialmente: el erudito despistado, inofensivo y escasamente útil que encarnó Gary Cooper en *Ball of fire* (1941), de Howard Hawks. En aquella ocasión el erudito se impuso a los gánsteres pero, ¿podrá la disciplina histórica adoptar un papel que, aunque teóricamente asumido por el gremio, está muy alejado de su imagen popular?¹⁰⁹

En cualquier caso, el debate está planteado y en él hay espacio para el optimismo, y para lo que algunos autores llaman la conversión de la historia en una disciplina moral o, al menos que se viva en ella un giro ético¹¹⁰. Como resume Henry Rousso, «la transmission du passé ne doit pas se résumer au culte passif des héros et des victimes»¹¹¹, una sencilla propuesta de muy difícil cumplimiento en nuestro tiempo.

¹⁰⁹ K. Oliver examina el análisis ético de la guerra de Vietnam y señala la existencia de «an evident reluctance to render moral judgement, as if such a disposition would be inconsistent with the goals of responsible scholarship» («Towards a new moral history of the Vietnam war?», *The Historical Journal*, 47/3 (2004), p. 758).

¹¹⁰ CRACRAFT, J.: «Implicit morality», p. 42.

¹¹¹ *La hantise du passé*, p. 138.